



Cartas a Conchita

Madre Clara

Introducción

“Cartas a Conchita” son una clara prueba de la preocupación que tenía Madre Clara de la formación tanto espiritual como humana de las monjas.

Son cartas escritas para ayuda de las postulantes Clarisas, que ella concreta con el nombre de una en singular, Conchita; a la que, de una manera familiar y peculiar, le va explicando distintos temas de formación para su vida espiritual en ese nuevo estado de vida que ha abrazado. Estas cartas están llenas de espíritu franciscano, que tratan muchos puntos de nuestra vocación de Clarisa: la alegría de haber abrazado esta nueva vida y cómo vivirla; de cómo prepararse seriamente para el Sacramento de la Confesión; de cómo servirse de toda la Creación para llegar Dios, como hacía nuestro Padre San Francisco...; hasta cartas de temas puramente teológicos sobre quién es Dios.

Estas cartas fueron publicadas en los distintos números de la revista “Clausura Franciscana” que por entonces se editaba para ayuda de los Monasterios. Las últimas cartas, sin fecha, no llegaron a ser publicadas en la Revista. No así los dos últimos artículos añadidos detrás de éstas, escritos también por ella y que llegaron a ser publicados.

Los títulos que encabezan cada carta no son propios de Madre Clara, han sido añadidos para su fácil lectura; están colocadas por orden cronológico según su publicación.

Mayo 1956

Religiosa Clarisa Franciscana

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Qué alegría al recibir tu carta primera desde tu tan suspirado Convento de “celosías”, como llamabas al Convento de tus predilecciones, de tus monjitas de clausura. ¡¡Enhorabuena!!

¡Como ves, todas las cosas son posibles para Dios y todo lo podemos con Dios! ¡Cuántas veces vas a leer ya desde tu Postulante, estas palabras del apóstol San Pablo: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta!* Tú lo tienes comprobado en ti, en tu primer paso difícil, tu ingreso en el convento, venciendo enormes obstáculos, que, con la ayuda de Dios y uniendo a ella tu valeroso esfuerzo, los has vencido, logrando así lo que tanto anhelabas. Repite, sí, y sigue cada día, sobre todo en tus casos difíciles repitiendo *¡Todo lo puedo en Aquel que me conforta!* ¡Qué secretos de maravillosa energía encierra esta frase!

Con Jesús, lo podemos todo, y lo podremos siempre todo, si siempre somos generosos en unir a su gracia que nunca nos ha de faltar, nuestro esfuerzo propio. La gracia de Dios, su ayuda, la encontraremos siempre, **al borde de nuestro propio esfuerzo**. Este principio tenlo presente como norma para tu vida religiosa.

¡Mi enhorabuena, pues, Conchita! y, doblemente, por haber sido elegida por Dios para Religiosa de clausura, y Religiosa Clarisa Franciscana. ¿Has pensado bien lo que esto significa? ¿RELIGIOSA CLARISA DE CLAUSURA?... Esposa de Jesucristo, hija de nuestro Seráfico Padre San Francisco, del santo más semejante a Cristo, del santo más amado del Corazón de Cristo, como Él mismo dijo a santa Margarita María... Hija de nuestra Seráfica Madre Santa Clara, a quien Jesús Sacramentado la distingue esco-

giéndole por su Trono para el estupendo milagro en el Sacramento del Amor, y es la más fiel imitadora, copia viva de la Santísima Virgen María...

¡Conchita! Vas a pertenecer como por la misericordia de Dios pertenezco yo, a la Orden Seráfica. ¡Reflexiona bien esto!, siente, vive, actualiza esta gracia tan especial como inmerecida por nuestra parte... Miembros de la Seráfica Orden, debemos vivir, **seráficamente**: amar a Dios y al prójimo por Dios, con amor seráfico, o sea, el más ardiente traducido en obras, las más perfectas, hasta llegar a ser la reproducción más viva, la copia más fiel de nuestros Seráficos Padres, y, como ellos, de Jesús y de María.

Ten siempre esto muy presente, sobre todo, piénsalo cada día ante el Sagrario, donde, sintiéndote en María como su hijita más pequeña, debes aspirar a competir con los serafines en el amor de nuestro Jesús. Ya ves que los serafines, son ángeles abrasados en incendios de amor, los más inmediatos a la Majestad divina y los que más participan del amor de Dios. Los habrás visto representados, distinguidos por sus seis alas. Pues, Conchita, desde tus primeros días de vida en el Convento debes hacerte muy amiga de los serafines y pedirles te ayuden a conseguir ese fuego divino, y seis alas para ti: amor a Dios y a las almas, humildad, pureza, obediencia, desprendimiento y sencillez... ¡Oh mi Conchita!, consigue estas seis alas, consigue este fuego divino y cómo arderás y volarás por los caminos de la santidad, hasta las cumbres...

Saludos a tus Reverendas Madres y hermanas, y, hasta la tuya, tu hermanita,

Sor Z

Mayo 1956

Me he entregado a Dios

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Recibí tu carta segunda, muy de mi satisfacción: breve, sencilla, sincera y toda espiritual. ¡Así me gusta, estilo franciscano! Cuando leas las cartas de nuestro Padre San Francisco, verás cómo te encanta su sencillez, concisión y espiritualidad. No tomes, pues, ejemplo de mí, ya que para ti, no según tus deseos, a los que no hubiera atendido de otro modo que del indicado, sino a ruego de tus dignas Madres cuya humildad me confunde, más que cartas serán especie de conferencias las que te escribiré; pero aun como conferencias, bien concisas. Más que conferencias, como ellas dicen, serán confidencias. Ya sabes que soy para contigo muy hermana, pero nunca para ti ni para nadie traté de ser doctora, ni con letra minúscula.

Hoy voy a servirme para un ratito de fraternal expansión contigo, de la carta que me han escrito de casa, contentos de tu felicidad, ¡bendito sea Dios! Me cuentan que, entre otras cosas, les dices tú con mucha gracia: “No vengáis mucho a verme; me he entregado a Dios, dejadme que me ocupe en Dios que por eso **no os quiero menos**”... Y así, subrayado...

¡Cuánto me agrada que comiences pensando, sintiendo y obrando así! ¡Conchita, amantes de los nuestros en Dios y para Dios, siempre! ¡Desprendidas de todo y de todos por Dios, siempre! Nuestro cariño a los nuestros debe ser grande, pero en su verdadera grandeza, ¡bien entendido!

Cuando reces el Oficio Divino, si pones en ello la atención debida, al recitar en los Maitines de Feria IV el Salmo 44, entenderás este versículo: *Oye hija, mira, aplica tu oído y olvídate de tu*

pueblo y de la casa de tu padre, ¡y el Rey se prenderá de tu hermosura! Él es tu Señor y tu Dios, adórale y sírvele a Él.

No vayamos a pensar que el Espíritu Santo, Amor por esencia, nos inclina a ser desamoradas, desagradecidas. A lo que nos inclina es a ordenar en nosotros el amor que origen es de grandeza... Debemos tanto a nuestros padres... Sólo con la santificación de nuestras almas podremos debidamente mostrarles nuestra gratitud. Hemos de aspirar a ser para los nuestros laurel glorioso, corona inmarcesible de gloria, en correspondencia a tantos sacrificios como les hemos costado; sobre todo, al heroísmo que ofrecieron al Señor al desprenderse de nosotros por Él. Pero esto lo alcanzaremos sólo así: por el desprendimiento más completo al amor más perfecto, la santidad. Es el justo premio y galardón que de nosotros esperan nuestros padres.

¡Dignas hijas, Conchita, de nuestra Seráfica Madre Santa Clara! ¡Contéplala asida al altar, cortados sus cabellos en aquellos momentos de terrible lucha, cuando sus parientes intentaron llevarla consigo! ¡Admirable heroína! ¡Nada será capaz de hacerla desistir! Ella así desprendida de los suyos, así les conquista para Dios. Lee su vida. Mira a Inés su hermana, a Ortolana su madre... Esto es amar de veras...

¿Para qué pueden servirles ni servirnos esos pensamientos prolongados, esas conversaciones constantes sobre nuestros familiares, amigos, conocidos, contando cada día mil y una historias? Sin duda, ¿sabes para qué? Para convertirnos en mujercillas de carasoles, malrezadoras y cascarronas en cuyos insulsos diálogos domina la murmuración; y para eso..., llegaría tiempo en que los nuestros y las mismas paredes del Convento, querrían conminarnos gritando: ¡mejor te fuera no haber venido!...

Nunca te olvides de la frase que tú misma has escrito: “¡Me he entregado a Dios, dejadme que me ocupe en Dios!” Eso debes tú gritar cuando quieran dominarte pensamientos importunos; cuando tu corazón de carne te impulse a expresar sentimientos que, al par

de halagüeños al amor propio, tanto vacío dejan en el alma..., obstáculos en el camino del amor que acaban por apagar el santo fuego...

Ama, sí, como verdadera franciscana: ama a todos, ama mucho, pero **ama bien**.

No sólo debes olvidarte discretamente del pueblo en que has vivido, debes olvidarte de ti, de tu mundo interior, preparándote así, como en aquella gruta se preparó nuestro Seráfico Padre, para ocuparte no más desde ahora, que de Aquel que va a ser tu Esposo divino y de sus sagrados intereses, de las almas, sobre todo de aquellas que más caras te son y a las que por la oración, sacrificio y por tu santificación tanto puedes y debes ayudarles.

Me despido hasta otra, anhelando medites y practiques cuanto te digo, compendiado en este propósito: “Pensaré en los míos, sólo cuando Jesús quiera. Hablaré de ellos muy pocas veces, y de mí, nunca a ser posible. Cuando deba hacerlo, emplearé el menor número de palabras”.

Te quiere muy de Jesús en María, tu hermanita,

Sor Z

Junio 1956

Bolita de blanca cera

Mi Conchita querida:

Al enviar carta de asuntos a tu Reverenda Madre Abadesa, me permito dirigirte unas letras suponiendo te alegrarán y servirán de algo.

Confirma tu Reverenda Madre, lo que tu silencio me hacía presentir: que mi hermanita sigue muy centrada, bien de salud y con grandes anhelos de aprovechamiento, entregada en un todo a sus maternas educadoras, ¡bendito sea Dios! ¡Así Conchita, edúcate, y déjate educar!, así, como una bolita de blanca cera en manos de tu Madre Maestra. Convéncete de esta verdad, que para ser digna Esposa de Cristo, o mejor dicho, menos indigna, necesitas la más esmerada educación.

Es la educación, preparación para una vida santa, y es también fruto de una santa vida. En tu caso, te es sumamente necesaria, como preparación. ¿Qué diríamos de aquella pastorcita de quien el Rey se prendase y la eligiera para esposa suya?, desde luego veríamos lo más natural, que trasladada a la corte, habitase en el Palacio recibiendo educación adecuada para hacerse digna esposa del Monarca. Pues bien, piensa Conchita, que esa aldeanita, eres tú; y el Rey que te ha elegido, es el mismo Jesucristo, Rey de Reyes, Señor de los que dominan..., el Santo de los Santos, el mismo Dios..., que abajándose hasta ti con infinito amor, quiere elevarte a la dignidad más sublime después de la de Madre suya y de la dignidad del Sacerdote: la de Esposa de Jesucristo... Tu Esposo, va a ser divino, Jesucristo, Hijo de Dios Altísimo... Anonádate, y piensa cómo debes formarte hasta hacerte toda agradable a Él, digna de Él... ¡Aprovecha los medios, que no tienes tiempo que perder, Conchita!

¡Mira!, el mismo que te ha traído a su Palacio, a fin de educarte para Sí, Él va a darte el programa de tu educación: *Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos. Ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y ven y sígueme. Amaos los unos a los otros como yo os he amado...* ¿Para qué seguir, Conchita? Toma el Santo Evangelio; léelo de rodillas, despacio..., ¡ese es nuestro programa!, el que estudiaron nuestros Seráficos Padres y al que ajustaron sus vidas; ¡imitémosles!

Mira qué a fondo estudió este programa divino nuestro Seráfico Padre, qué sinceros ensayos de negación propia hacía en la soledad a donde se retiraba al principio de su conversión. Contémplale cómo sale de su retiro demacrado, desconocido, aquel rey de la juventud de Asís cuyos gestos caballerescos sólo ha de emplear ya en seguimiento del único Señor. Él, ha sabido educarse en pocos días y, a base de su divino programa, firme y sereno, recibe aquella oleada de insultos y desprecios en que el pueblo le anega... como manso corderillo, sufre los malos tratos de su padre que le encierra, para que aprenda, dice, a **ser cuerdo**..., hasta que su madre bondadosa levanta sus prisiones... Y sigue negándose siempre, derrotando de este modo los impulsos de su amor propio y demás pasiones por fuertes batallas que le presenten...

¿Y nuestra Madre Santa Clara?, tal sería su formación cuando tan heroicamente obedeció al mandato de nuestro Padre San Francisco para probar su vocación: “Ve, vestida como pobre andrajosa, pide por todo el pueblo una limosna de puerta en puerta por el amor de Dios!”, y la condesita de Asís supo tan de veras humillarse y obedecer ciegamente, que mereció el milagro de que el Señor la hiciese a todos tan desconocida, que nadie reparó en la pobre extraordinaria..., pero ella, supo aceptar con humilde abnegación y generoso amor aquella prueba con todas sus naturales consecuencias..., ¡eso es negarse, Conchita, eso es negarse...!, ¡¡aprendamos!!

¡Mira, hermanita mía!, yo quisiera de ti, y no me cabe duda de que Jesús también lo quiere, que antes del despojo solemne de tu

vestido seglar te despojases generosamente de ese amor propio que con tanta habilidad viste y reviste y se encarna en todas nuestras células y sabe impregnarse en nuestra alma tan apegadamente...

Esto es difícil, Conchita, ¿verdad? ¡**pero no imposible!**!, ¡con la ayuda de Dios y nuestro esfuerzo propio, lo podremos todo! ¡Así como nuestros Seráficos Padres, así nosotras! ¡Ayuda de Dios, y para ello, oración; esfuerzo propio al par que la oración humilde y constante!, ejercicio de las potencias de nuestra alma cara al Sol divino, Jesús Sacramentado, y mirando a la más bella que la luna, María, que siendo más santa que los santos y más pura que los ángeles, se sometió a ser educada en el templo y es nuestro modelo de formación... Miremos, amemos e imitemos a Jesús y a María como nuestro Seráficos Padres y a través de ellos..., así formarás tu carácter de verdadera franciscana Esposa de Cristo.

Mira Conchita, que nuestro Padre celestial, quiere en la Esposa ver al Esposo, a su Hijo bendito... Anímate a dar a nuestro Padre Celestial en ti, al que Él te da a ti con tanto amor..., a su Hijo muy amado, ¡a tu Jesús! Se lo darás efectivamente, por el amor: si amas a Jesús más, infinitamente más que a tu vida; no con un énfasis de expresión como suele decirse esto en el mundo, sino de verdad. Entonces muriendo tú por amor suyo cada día, vivirá Él en ti, y el Padre podrá poner en ti sus complacencias.

Adiós Conchita. Te abraza en Jesús tu hermanita,

Sor Z

Junio 1956

La sincera y humilde sencillez

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Según lo prometido, vamos a continuar nuestra conversación sobre la educación que de ti espera tu hermanita; pero antes, una pequeña expansión o paréntesis sobre tu frase que me ha hecho reír: «nunca pensé, dices, que el amor propio fuese tan hábil sastre que así vista y revista nuestras células, ni tan droguero, que sepa impregnar el alma a permanente». Pues sí, hermanita, no lo tomes a broma, que así es, y no tienes que salir de ti para observarlo... El mejor arte para conocer este tan doméstico enemigo es el de estudiarse una a sí misma no sin antes pedir humildemente luz a nuestro Señor; porque te advierto que es un viejo a quien le gusta morar, guerrear e imperar a obscuras, si bien tampoco le importa en casos descubrir sus barbas... Terco por naturaleza no se da por vencido así como así... Sabe disfrazarse y parapetarse tan bien, que la débil luz de nuestra razón y sentido, no es suficiente para descubrirlo; pero con la luz divina que Dios no niega a quien humildemente se la pide, ¡sí!, se descubren sus mañas y puede muy bien el alma ayudada del Cielo, tomarle por su barba y derribarle...

¡Ánimo, pues, Conchita! Estúdiate, y sé valiente desde tus primeros ensayos... ¡Guerra contra esta desordenada pasión de amor a nosotras mismas según la carne viciada! Supo el demonio infiltrarnos este veneno en tal forma con aquel *seréis como Dios* con que sedujo a Eva, que sus pobres hijos, todos a excepción de María, quedamos invadidos de esta herencia miserable; y además, desde pequeñitos, qué amor a nuestro propio juicio, a nuestro capricho, a nuestra comodidad, a nuestra honra vana, buscando siempre por naturaleza ser atendidos, distinguidos, ser... «como Dios» pero por vías muy torcidas... ¡Si Jesucristo no nos hubiese enseñado con su

ejemplo la vía recta y no nos hubiese ayudado qué monstruo de soberbia luciferina sería la humanidad! El don de la cristiana educación que recibimos en nuestro hogar, ¿cómo lo agradeceremos?

Pero este viejo gigante y monstruoso enano, no suele morir en nuestra infancia; generalmente, trata de encastillarse en nosotros, para llegar a ser nuestro tiránico soberano; de ahí la necesidad de nuestra continua vigilancia para descubrirle y vencerle.

En nuestra Orden Seráfica, poseemos un arma muy poderosa cuyo asestado golpe contra este enemigo es mortal en el acto, aunque brote después: es la que con tanto éxito manejaron nuestros Seráficos Padres: «la sincera y humilde sencillez». Contempla a nuestro Seráfico Padre San Francisco en los primeros días de su conversión, postulando aceite para la iglesia que acaba de reparar. Llega en tal demanda a cierta casa donde sus antiguos compañeros se hallan reunidos, celebrando un festín. De improviso, surge en su corazón el amor propio; con su cascada voz, le prepara la lucha. «¿No te avergüenzas?» dice en su interior. Ellos, lo han entendido mejor que tú, y con razón, se burlarán de ti... Francisco, que ha tenido la fragilidad de atender unos momentos, vacilante, pasa sin llamar... Mas luego se rehace, y arrepentido toma el arma de su sincera sencillez, vuelve pasos atrás, entra en la casa, descubre a sus amigos su cobardía, e implora su limosna... ¡golpe mortal, que en este caso, derrota por completo a su adversario! Y leyendo su vida, le hallamos glorioso vencedor avanzando en sus múltiples batallas con su brillante espada de dos filos «humildad y sencillez seráficas». Aprendamos...

¡Querida hermanita mía!, oye, atiende, practica este consejo: desde ahora, desde tu postulantado y siempre... sé verdaderamente sencilla en descubrir a tu Madre Maestra ahora y después a tu Madre Abadesa y Confesor, todas las sugerencias de tu amor propio, dispuesta a ser sumamente dócil a sus sanos consejos, llevándolos humilde y exactamente a la práctica: te aseguro tu santificación; así como te advierto que, desde aquel desdichado día en que admitieses sus falaces razonamientos, y condescudieses con sus naturales

impulsos familiarizando con él, sin conocer apenas sus batallas, serán seguras tus derrotas... en una vida mediocre, llegarás en edad a mayor... más que tú, habrá crecido en ti el tirano, y por él dominada, ya no podrás vencerte ni disponerte a recibir la gracia para ello, pues pagada de ti misma, ni la suspirarás..., en tal situación, necesario es un prodigio de la misericordia divina para que el alma reaccione... ¿Y para esto, Conchita, dejamos nuestro más caros amores presentes y posibles, para frustrar así los hermosos designios del Señor y la felicidad de los nuestros?

Ánimo, pues, y mirando a Jesús anonadado, y a María la llena de humildad, sepamos imitarles con aquella sencillez y sublimidad con que nuestros Seráficos Padres los imitaron hasta que pueda decirse de nosotras como de ellos «son semejantes en todo a Jesús y a María».

Y hemos empleado en el paréntesis, toda la carta..., hasta otra pues, con un fraternal abrazo de tu hermana,

Sor Z

Julio 1956

¿Quién es el que mora en esta casa?

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Después de nuestro largo paréntesis vamos a continuar a ver si sé balbucearte algo sobre el ambiente tan santo en que vivimos y que tanto podría ayudarnos en nuestra educación y santificación si no los convirtiésemos para nosotras en **rutina**... porque te advierto que la rutina es la hermana querida del amor propio, que siempre va de su mano, facilitando y completando sus mañas de viejo astuto...

A mi juicio, la rutina, nace del descuido del alma en el ejercicio de la fe; por lo cual, habituándose a un estado de inacción prefiere alimentarse de aficioncillas naturales, descansando a su falsa paz a la sombra del amor propio llegando a vivir por vivir, hacer por hacer... ¡Que Dios nos libre, Conchita, de este triste estado!

Pero no nos libraré, si a nuestra petición, no unimos nuestra acción, el esfuerzo propio, para que nuestra vida sea vida de fe.

Pues bien, hermanita, con esta mirada del alma que ansía penetrar en lo sobrenatural, reflexionemos...

Vivimos por la misericordia del Señor, en su misma Casa, en la Casa de Dios donde mora el Rey de cielos y tierra, el Santo de los Santos, Fuente de toda santidad, la Santidad misma... Sabiduría infinita, Belleza increada, Autor de la hermosura, Delicia de las almas puras, Amor de los amores Jesús Sacramentado... Verbo Encarnado, nuestro Salvador, nuestro Redentor, el que es para todos Camino, Verdad y Vida..., nuestro mejor Maestro, nuestro más amable Hermano, nuestro más fiel Amigo, nuestro más poderoso Abogado, nuestro Mediador ante el Padre, nuestro divino Suficiente, nuestro Confidente más íntimo, nuestro Jesús, nuestro Cielo, nuestro Todo. Quien de entre millares, y dejando en el mundo a tantas almas mejores que las nuestras, nos escogió para Esposas suyas...

¡Conchita!, pregunta con frecuencia al Padre Celestial, a la Virgen Santísima, a los ángeles y santos, al mismo Jesús. ¿Quién es el que mora en esta Casa, el Jefe de esta Casa?... ¿Quién eres Tú, Jesús mío, para que yo te conozca, te ame, te sirva debidamente y me prepare para ser tu digna Esposa?... Y escucha, considera enardecida su divina respuesta...

Cuando tu alma se haya empapado en esta consideración, pasa a esta otra hermosísima realidad: luego si Jesucristo está morando en esta casa, donde real y verdaderamente está Jesucristo, allí está el Cielo: están el Padre y el Espíritu Santo, están la Virgen María, los ángeles, los santos. ¡Oh, si ante el Sagrario, ante la Santa Custodia se abriesen nuestros ojos!, quedaríamos admirados, Conchita, y asombrados de cómo siendo la tierra un Cielo por la presencia personal de Jesucristo, vivamos en este cielo tan terrena y rastremente. Aquí, dentro de los muros del Convento, está el Cielo, que lo hace la presencia personal de nuestro Jesús a diferencia del de allá arriba, que es el Cielo del amor, del gozo y posesión de Dios; y éste, es el del amor en el dolor y esperanza de la eterna dicha.

Las moradoras mortales en este Cielo o Casa de Dios son sus amadas esposas, almas consagradas, almas santas adornadas con la gracia y hermosura del Esposo divino y objeto de sus predilecciones.

Desde luego que el pecado mortal puede arrebatarse la gracia en una de estas almas. Lucifer estaba en el Cielo, Judas en el colegio apostólico. ¿Y?... Esto hemos de considerarlo para temerlo y evitarlo, en nosotras, a toda costa y para rogar por la perseverancia de los justos; y de tales casos ¡Dios nos libre! Con todo, canta siempre sabiendo la verdad de lo que cantas: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos, llenos están los cielos y la **tierra** de vuestra gloria».

Templo santo, Convento santo, donde todo es santo, todo para el fin más santo, donde todo nos habla de Dios y nos lleva con fuerte impulso hacia Él...

Piensa, Conchita, y otro día continuaremos si Dios quiere.

Julio 1956

Los sagrados muros del convento

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Hoy, quiero sorprenderte en esta preciosa estampa que te mando, ¿te gusta?, el abrazo de nuestro Seráfico Padre San Francisco con Jesús Crucificado. Como ves, es de Murillo. ¡Qué cosa más ideal!, ¿verdad? ¿Adivinas para qué te la envío? Mírala bien, estúdiala bien, y saca esta conclusión: ¡esto tiene que ser mi vida!, voy a unirme contigo en el estudio, vamos las dos a discurrir un poco.

Nuestro Seráfico Padre San Francisco... con su tosco sayal de penitencia..., tonsurada su cabeza, y llagados sus manos y pies... perdida su amorosa mirada en la dulce mirada de Cristo... a Él unido en tiernísimo abrazo, pisando el mundo y sirviéndose de éste por escabel, para alzarse hasta el pecho divino...

¡Conchita!, nos elevaremos hasta Cristo, nos asemejaremos a Cristo, nos uniremos a Cristo, nos abismaremos en Cristo, si como nuestro Seráfico Padre nos servimos de todas las cosas para ir a Cristo, y por Jesucristo, al Padre. Esto tenemos que hacerlo con el auxilio de María y viviendo en su corazón. Somos sus hijas pequeñuelas..., ¡no lo olvidemos!, y nada podremos hacer sino inspiradas e impulsadas por su mirada maternal.

Vamos a servirnos de cuanto nos rodea, como en la anterior te decía, para nuestra educación y formación imitando a nuestros Seráficos Padres y permaneciendo siempre con nuestra adorada Madrecita María..., ¡permaneciendo en su dulce corazón!

¡Los muros, los sagrados muros del Convento!... ¡Si supiésemos entender su mudo y serio lenguaje, cuántas cosas nos dirían! Ellos nos contarían la feliz y dulce acogida que dieron, la más dulce y feliz, a generaciones y generaciones de almas puras,

de almas grandes, de almas héroes, almas santas, a quienes prodigaron esta soledad tan suspirada que supo enseñarles la ciencia más sublime, la ciencia de la cruz, y darles la felicidad más verdadera y completa, la del perfecto, santo y seráfico amor. Son testigos de las heroicas virtudes de tales almas, de los idilios más divinos entre ellas y Dios... ¡Cuántos gemidos de tórtola y cuántos vuelos de águila guardan fieles en su inquebrantable y sagrado secreto! Desde el primer momento que a su dulce sombra tales almas vivieron, prodigaron a su ideal su poderosa ayuda separándolas del «mundanal ruido» e inspirándoles divinos pensamientos y sentires los más consoladores... Defensa inexpugnable de tantas asechanzas..., ellos nos dan a degustar el Cielo, pues forman la antesala del Paraíso...

¡Los muros del Convento!..., estima, querida hemanita mía, estos muros sagrados más que todos los palacios del mundo y sus riquezas, que un solo día a su sombra, vale, a juicio del Espíritu Santo, más que millares... Agradece, ¡¡agradece..., y con el Rey David, pide a nuestro Señor la gracia inestimable de morar en sus atrios hasta el último aliento de tu vida!!

La celda..., tu pobre celda..., como tú dices muy bien, tu encantadora celdita... ¡oh sí!, estímala más que los lujosos gabinetes de princesas y reinas... Ella te facilita tu dulce soledad particular, preservándote de ese otro pequeño mundo que forman como sociedad religiosa las personas del Convento. Te oculta a las miradas de todos, menos a las de tu Jesús que contigo morará en tu soledad brindándote las ternuras más divinas y las delicias más puras... En cuántos momentos del día y de la noche podrás repetir con verdad «nadie, nadie se acuerda ahora de mí... sólo, sólo me mira mi Jesús..., sólo, sólo para él todo mi amor, todo mi pensamiento, todo mi corazón...» ¡Conchita!, la dicha de este completo desprendimiento, de este santo y puro y virginal afecto, es celestial...

¡«Celda»!..., su nombre significa cielo, y en verdad que lo es ¡para el alma enamorada de Dios! Siempre que tu deber no te lo

impida, permanece en la celda con tu Jesús contemplándole, consolándole, glorificándole por ti, por todos...

Y en tu celda te dejo solitaria, hasta que continuemos otro día, que nos queda en la celda mucho que hacer...

Saludos a tus Reverendas Madres y hermanas y un fraternal abrazo para ti de tu hermanita,

Sor Z

Diciembre 1956

En tu celda

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

¿Qué quieres que te diga, mi hermanita? La nota y estampas tuyas que tu Reverenda Madre me remite, me hacen mucha gracia... «Esperándote estoy en mi celdita, me dices muy animosa, para trabajar, ya que según me indicas, tanto hay que hacer»... ¡Y qué oportunamente me envías una estampa, como yo nunca la había visto! La pequeña María, enhebrando las agujas a su madre Santa Ana..., ¡es encantadora, me gusta muchísimo!

Pues ya que pensaba yo continuar hablándote de «laboriosidad», voy a guiarme por tu estampita.

Te decía, que en la celda hay mucho que hacer... La esposa debe parecerse al Esposo divino, quien como Dios, es la misma actividad...

Dios es Amor, y sus obras de amor, son maravillosas y continuas. Por el amor que Él ha infundido en nuestras almas, podemos y debemos ser cooperadoras en sus obras de amor. Nada más activo, ni más inactivo que el amor, y el alma que más ama a Dios, será sin duda la más aventajada en sus obras de amor.

¿Quién como María ha amado a Dios? Ya desde su primer instante, le amó más que todos los serafines, más que todas las almas ardientemente enamoradas... por tanto, que ya desde su primer instante fueron aquilatadas, prodigiosas, perfectísimas sus obras de amor..., sus actos de adoración, alabanza y gratitud, de súplica, admiración..., constituyendo todo ello un ejercicio progresivo con avances inconmensurables de virtud y santidad. ¿Qué hizo María desde su primer instante?... Las delicias del mismo Dios, quien prorrumpe embelesado en exclamación de júbilo, como nos cuenta el

Espíritu Santo: *Toda eres hermosa, amiga mía, paloma mía, no hay en ti mancha ninguna...*

¿Qué hace María para el mundo desde su primer instante?... Atraerle con su humildad, con su pureza y caridad, la Redención... *Quia respexit humilitatem ancillae suae* (porque ha mirado la humillación de su esclava)... Mirando la humildad de su sierva, el Padre anhelaba darnos cuanto antes por Ella a su Hijo; el Hijo suspiraba la Encarnación; el Espíritu Santo ansiaba llevar a efecto la obra más maravillosa de su amor...

María, desde su primer instante, no interrumpe ni un momento su actividad, viviendo en Dios... En el hogar paterno, como la contemplamos en tu estampita, se instruye bajo la dirección de su madre Santa Ana, Ella... la criatura más instruida y más perfecta..., y ocupa sus manitas de tierna niña, en los quehaceres de la casa, cautivando la mirada de los cielos y de la tierra, con su encantadora laboriosidad... En el Templo, es modelo de aplicación, y después, Reina del hogar, sabe ganar su pan con su labor continua.

¡Cómo imita a María nuestra Seráfica Madre Santa Clara!, en la oración, en el amor, en el trabajo, ¡sin que pierda un momento en la ociosidad! Mírala, enferma, acostada en su duro y pobre lecho, trabajando con todo entusiasmo y primor en la confección y bordado de prendas que han de servir en el Santo Sacrificio de la Misa...

¿Qué hace nuestra Madre Santa Clara para el Cielo? A imitación de María, su gloria y su delicia...

¿Qué hace para la tierra? Salva a su pueblo con su oración humilde y confiada... Mírala arrodillada ante el santo Copón donde se oculta el Dios Sacramentado, y mira huyendo a los fieros sarracenos, cuando movida por superior impulso lo toma reverente en sus virgíneas manos y se lo muestra... «Yo seré siempre vuestra custodia, le había dicho Jesús, os custodiaré, os defenderé...» y en verdad que lo hace, y que lo es...

Ahora, mi Conchita querida, deduzcamos... Yo quiero que te inspires en las blancas paredes de tu celda... Y en tu celda te quiero «monjita de verdad», recogida, fervorosa, laboriosa, desprendida, entusiasmada, siempre en actividad, sana o enferma, aún en esas tus horas de descanso en Dios y sólo porque Dios quiere.

¡Lo que puede una monjita de verdad desde su celda! ¡Lo que debe hacer! Lo que esperan de ella Dios, el Cielo, la tierra, las criaturas todas, todas te llaman en su ayuda para cumplir su fin..., todas te la prestan para que tú la cumplas..., hemos dejado todo, para que, libres de todo obstáculo, sepamos elevarlo todo a Dios y por todo, elevarnos hasta el Pecho divino, hasta el más tierno abrazo con el Dios del Amor, de nuestro amor...

Y termino esta carta, cantando con mi hermanita... «en todo, con todo y por todo, te amo Dios mío, te canto, te admiro, te alabo, te adoro»...

Y así te quiere siempre tu

Sor Z

Enero 1957

Tu «estrella» María

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Esta carta, va a ser un paréntesis en nuestro curso, contestando a tu graciosa objeción sobre los trabajos de María desde tan pequeña.

Nada nos dice el Evangelio, pero ayudadas del buen sentido y de nuestra imaginación, nos trasladaremos al hogar santo de los santos esposos Joaquín y Ana. Allí encontramos a María, encantadora sobre las niñas más preciosas...

Es innata a la mujer la inclinación a las labores de casa. Yo la recuerdo en ti perfectamente, y podría contarte algunas de las muchas peripecias de tus primeros ensayos: cuando empeñada en coser como mamá, nuestra hermana te encargó de enhebrar las agujas por la punta..., y tú, ¡con qué afán imitabas sin efecto! Aquella vez primera que partiste el pan, y casi te llevas el pulgar con el cuchillo. ¡Qué tremenda cortada! La primera vez que levantaste el puchero y se volcó en tus manos..., ¡qué ampollas!... Cuando tú sola en la cocina te pusiste a guisar, echando lejía por agua en el cocido..., ¿te ríes?...

A nuestra niña María, no le ocurrían estos percances..., llena de sensatez como llena de gracia y llena del Espíritu Santo que con tan infinita sabiduría y amor la gobernaba, dirigía su inclinación, y era maravilloso y encantador su efecto, sobre todo lo imaginable. Con qué perfección tan elevada ayudaría a su madre, serviría a su padre, ejecutaría los trabajos más humildes, limpiando, cosiendo, devanando madejas, hasta guisando alguna vez que su madre Santa Ana se lo permitiría maternal y santamente admirada y complacida... Así como su alma purísima desde el primer instante de su ser estuvo en constante actividad de amor, así llegado el tiempo de des-

plegar sus actividades, no vivió un momento sin utilizarlo del modo más admirable y perfectísimo; y cómo se dejaría instruir intelectualmente en la lectura y otros conocimientos, así en sus labores de casa, trabajaba en lo posible, con la mayor solicitud y perfección.

¿Y en el templo? Tenéis en vuestro Convento los escritos de la Venerable Madre Ágreda? Léelos si te lo permiten, y verás qué modelo para tu formación es nuestra niña María: cómo sabe entregarse a Dios desprendida de todo, hasta del modesto ajuar que con tanto cariño le preparara su madre. ¡Qué unión con Dios, qué oración, qué práctica tan perfectísima de todas las virtudes! ¡Qué sumisión a su Maestra, a los Sacerdotes, a las compañeras! Cómo las servía a todas, Ella la primorosa en sus trabajos, sufriendo cuantas humillaciones la prodigaban, con tanta paciencia, con tanta humildad, con tanta caridad, con tanta alegría devolviendo siempre generosos servicios con amabilidad, delicadeza, dulzura más que angelicales... Qué exactitud para todo cuanto le encomendaran, ¡qué solicitud para prodigar atenciones y servicios a cuantos la rodeaban! ¡Aprendamos, sí, aprendamos de María!

Pobre, la más pobre de todas las doncellas por su desprendimiento generoso..., desposada con el santo artesano José, vive en su pobre casita trabajando... Ella hilaba, cosía, ¡con qué primor!, ayudando a su esposo para el sostenimiento del hogar y para los pobres...

En Egipto, donde todo les faltaba, prolongaba sus horas de labor y después de la preciosa muerte de José trabajaba en unión de su Hijo, a Quien también se encallaban con las herramientas del taller sus manos divinas... Lee, Conchita, medita, aprende, imita, imitemos...

¡Hermanita de mi alma! Para que puedas formarte debidamente, sea siempre tu «Estrella», ¡María! ¡que su nítida luz guíe tus pasos! ¡Mira siempre esta Estrella preciosa! No la pierdas de vista jamás. Sus rayos celestiales te penetren y a su divino influjo tu alma iluminada, sienta y viva su vida, reproduciendo con la mayor per-

fección todos sus actos de virtud, de amor... Sé en todo, copia viva de la Virgen María desde el candor sobreangelical de su infancia, hasta la coronación de su madurez al pie de la Cruz..., que pueda cantarse de ti «Stabat sponsa», como se canta de María el «Stabat Mater»..., «justa Crucem»..., y por fin, ¡como fidelísima hija de nuestra Madre Santa Clara, perfecta imitadora de María, te veamos con ella coronada por eternidades de eternidades, formando en su celeste escolta de vírgenes gloriosas, alternando con ellas nuestro cántico «post te curremus» (tras de Ti, corramos), saboreando a la vez aquel «cántico nuevo» que hará nuestras delicias por siglos sin fin!

Dime, Conchita, ¿has quedado satisfecha por tu objeción?

Pues hasta pronto, si Dios quiere, con un fraternal abrazo de tu

Sor Z

Febrero 1957

Confesamos nuestros pecados

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

He recibido tu carta. ¡Mi gratitud más profunda para Dios! Mi reconocimiento más sincero para esas tus caritativas madres y hermanas y enhorabuena más efusiva para ti, por el fausto acontecimiento que me comunicas: tu admisión por los votos de la Comunidad, a la vestición de Hábito. Ahora, que todos podamos alegrarnos y bendecir a Dios de nuevo jubilosamente un día aún acaso lejano, por tu fiel y generosa correspondencia a esta gracia singular de la vestición de Hábito, y Hábito Franciscano.

Con motivo de este acontecimiento, interrumpo mis pobres conversaciones sobre el ambiente santo que nos rodea y que tanto puede ayudarnos y, en vista de tus ardientes anhelos por la debida preparación para acto tan suspirado, voy a permitirme darte mi pobre consejo, así como a hermanita mía muy querida.

Me dices, que harás a su tiempo Ejercicios Espirituales y me encargas con encarecimiento encomiende en mis oraciones tu confesión general. Yo te aconsejaría, que hicieses ya unos preejercicios espirituales sin otra modalidad, que orientar las meditaciones tuyas en horas de Comunidad, y tu recogimiento interior continuo, a preparar tu confesión general para hacerla bien hecha antes de comenzar los ejercicios. ¡Verás qué bien te va, y qué ejercicios tan fervorosos y provechosos! ¡Te lo aseguro! Y te advierto, que de no hacerlo así, es muy posible que pases los días de ejercicios en apuros de confesión sin apenas otro resultado, porque el fruto te lo habrá impedido la «inquietud»...

¡Verás! Yo te diré: Ahora, con mucha sinceridad y humildad, pides a nuestro Señor y a la Santísima Virgen luces y gracias para

sacar todos los rinconcitos de tu alma mundana, **todos...** Dile a nuestro Señor, que te preste aquellas «candelas con las que escudriñaba a Jerusalén» y con ellas, acompañada por Él y por María, escudriña tu alma... Diles que en verdad quieres conocerlo todo, descubrirlo todo, arrepentirte de todo y confesarlo todo; todo lo tuyo que a Jesús no le agrada: cada uno de tus pecados más o menos graves, todas tus faltas e imperfecciones..., así, con oración humilde sinceridad y humildad profundas, prepara tu confesión de modo que te quede para siempre la certidumbre de que pusiste todo empeño en hacerla bien. Vas repasando, despacito, serena, sin agolpamientos ni sustos todos los mandamientos, todos los puntos de examen, todos tus actos, año por año de tu vida, y los escribes con la mayor claridad y concisión. Luego, concretas, ordenas todo bien, y ejercitándote cada día en actos de perfecta contricción y humildad, te confiesas ante Jesús Sacramentado; y, cuando tu director espiritual quiera o te permita, ante el confesor. Cierras después el sobre, y no vuelves a mirar tu confesión hasta que el Padre te lo indique. Entonces con la mayor facilidad y añadiendo tus días de Convento, podrás repetir y repetir tu confesión para humillarte cuando necesites, sin intranquilizarte más. Si el Padre te manda romper el escrito, obedece, y haz constar esta obediencia respetándola hasta un nuevo mandato, permaneciendo en ella hasta el heroísmo.

Quiero tengas siempre en cuenta para tus confesiones estas advertencias: que la confesión o Penitencia, es un Sacramento, y por consiguiente acto serio, más que lo que podemos pensar. Por él, la Sangre Preciosa de Jesucristo, va a ser aplicada a nuestra alma, de modo que, imagínate en el Calvario, abrazada a la cruz del Redentor. Tú, lloras tus pecados, los confiesas arrepentida al mismo Jesucristo, y Él te perdona lavando tus manchas con su Sangre divina que cae sobre tu alma... ¡Conchita mía, no humanicemos nunca este Sacramento!... Demos toda la realidad a las palabras que preceden a la confesión «Yo, pecadora, me confieso a **Dios todopoderoso...** a la Bienaventurada siempre Virgen María, al Bienaventurado San Miguel Arcángel, al Bienaventurado San

Juan Bautista, a los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, a nuestro Seráfico Padre San Francisco, a nuestra Madre Santa Clara, a todos los Santos y a vos Padre...

Nos confesamos, Conchita, a Dios, a la Santísima Virgen, a todos los Santos..., ¿cómo no decir nuestras culpas cuales las encontramos en nuestra conciencia? Y al declararlas al Padre, las declaramos a Jesús, a Quien representa el Padre... Facilita muchísimo este acto de fe para ayudarnos a confesar estas culpas con la mayor sencillez y sinceridad, sabiendo que ya las sabe nuestro Jesús y que es a Él a quien se las decimos en la persona del Padre.

Pues si así confesamos nuestros pecados, Jesucristo nos los perdona, **para siempre, para siempre**... y nuestra alma, queda limpia y hermosa por la Sangre de Cristo...

Fíjate en las condiciones que el Catecismo señala para una buena confesión y sobre todo, intensifica la contrición perfecta (que, si lo es, todas lo serán). ¡No barullos, sino contrición y humildad! Sean nuestras confesiones íntegras pero breves. Confesión es una cosa, dirección, otra, no confundirlas. Para confesar, poco tiempo, para dirección lo que el Padre quiera; ¡y para uno y otro, abnegación de juicio **siempre, siempre!** Me disgustaría que no llamasen confesiones a las de poco tiempo, y que alguna vez por el poco tiempo en la confesión, te turbases. Dios nos libre de cometer tantos pecados como podemos declarar en un minuto, Dios nos dé a todos los pecadores un minuto de sincera contrición perfecta y confesión... ¡¡Nos salvaremos!!, si bien... no esperemos al último momento...

¡Hasta pronto si Dios quiere!

Tu hermanita,

Sor Z

Marzo 1957

Soledad querida

Mi Conchita querida: Paz y Bien

Hoy sin preámbulos vamos a seguir nuestros soliloquios con la soledad.

Soledad querida, fiel compañera del Espíritu Santo. Que siempre entra contigo en el corazón. No dará Él sus dones al alma disipada. Señora del Buen Consejo, portadora de la Sabiduría, hermana de la Ciencia, alentadora de la Fortaleza, engendradora de la Piedad y conservadora del Santo Temor de Dios.

Tú preparas las divinas ascensiones del corazón, y eres para el alma el ascensor más rápido y seguro. Acompañas al alma paso a paso y la sostienes en su ascenso a la mística, pendiente y espinosa montaña hasta la cumbre, hasta la unión con Dios. Incensario de oro donde siempre está vivo el santo fuego, para elevar al Cielo el incienso puro que el alma pone en ti. Cáliz precioso que contiene las más brillantes perlas que los ángeles pueden ofrecer al Dios tres veces Santo: Las dulces y abundantes lágrimas de contricción, de gratitud y amor que en ti derraman las almas escogidas. Tú, la más dulce lira que podría pulsar un serafín... vibrando las más delicadas y afinadas cuerdas: los suspiros más tiernos, los sentimientos más divinos que en ti se han expresado.

Soledad querida, soledad adorada, activo combustible que inflama las almas en fuego santo y vivo de amor de Dios. ¡Tú, bondadosa hermana mayor, a la luz de tus inspiraciones, cuántas enemistades se han deshecho y cuántos corazones se han unido! Primoroso lazo de unión entre Dios y las almas y todo lo creado, visible e invisible. Antorcha que deshaces los errores, y formas las antorchas más lucientes de la Iglesia Católica. Restauradora del bien perdido en el

bullicio. Quiero vivir contigo, cantar contigo, amar contigo a Dios y morir por su amor en su regazo.

¡En mis debilidades, levántame!, ¡en mis oscuridades, ilumíname! Sé tú mi oasis en mis arideces, en mis angustias, alíentame... ¡En mis dudas, asegúrame!

¡Sé tú mi hermana, mi amiga, mi esposa, para que nunca más te apartes de mí, hasta la posesión eterna de mi Esposo Divino!

¡Conchita!, este último pensamiento, quizá te parezca extraño y atrevido, ¡pero no! Hemos de unirnos a la soledad en desposorio santo, y hemos de ser fieles a ella, si queremos serlo de veras y siempre a nuestro divino Esposo Jesucristo. Yo le pido a nuestro Jesús te conceda esta gracia: enamorarte así tan de veras como Él mismo de la santa soledad. Nada busques, sino a Él, a quien encontrarás siempre en ella. ¡Mira si aún la ama Jesús!... Allí te espera siempre, para esclarecer tus dudas, para resolver tus asuntos, salvar tus conflictos, consolarte en tus aflicciones, compartir tus alegrías y orar contigo al Padre haciendo tu oración así unida a la suya, omnipotente..., deberás tal gracia a la soledad que te proporciona una tal oración..., ¡anímate, querida hermana!, resuélvete, toma por compañera perpetua de tu vida a la santa soledad..., Jesús y María bendecirán esta unión, que te llevará a la eterna con el Dios tres veces Santo.

Te abraza tu hermana,

Sor Z

Abril 1957

Contrición siempre

Mi Conchita querida: Paz y Bien

Me alegro que mi carta te haya impresionado bien, sobre todo, mi pobre consejo de dar realidad a las palabras que preceden a la confesión ¿verdad que ayuda y anima mucho?, y eso que, aún no podemos imaginarnos el interés con que vienen en nuestra ayuda la Santísima Virgen, San Miguel Arcángel y todos los santos. ¡Oh, si lo comprendiésemos! ¡Qué alentadas nos arrodillaríamos a los pies del confesor! Primero, porque Jesucristo lo ha dicho y es infalible su palabra: *A quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados*, y el confesor nos absuelve... Luego, porque todo el Cielo, intercede por nosotros al ser invocado, para que por la Sangre divina que lava nuestra alma, quede además fortalecida contra las tentaciones, y no vuelva a caer... Por eso nos conviene tanto acusarnos, no sólo de nuestros pecados graves sino aun de los leves, de todas nuestras imperfecciones y de sus **causas**, para que la gracia del Sacramento nos dé fuerzas contra ellas y progrese en la perfección. Es uno de los remedios más eficaces en nuestras miserias, acusarnos en la confesión de ellas. Son los momentos de la más sincera humildad, y ya sabemos que el alma humilde o su oración traspasa las nubes...

Ahora, otra advertencia: debemos estar persuadidas de que nos son perdonados todos los pecados que confesamos con las debidas disposiciones si no omitimos voluntariamente alguno grave conocido y no confesado. Y quedan englobadamente perdonados los pecados desconocidos que no confesamos pero que confesaríamos igualmente si los conociésemos. Puede ocurrir que después de algún tiempo de una buena confesión, -te hablo por experiencia propia y ajena-, nos viene el recuerdo de otros pecados o faltas en los

que antes no habíamos reparado; y le acompaña a este recuerdo gran apremio y turbación que a la vez nos resulta y nos mueve a llamar en seguida al confesor, y ... etc, etc... Para pacificar el alma en estos casos, voy a darte un remedio muy eficaz: humilde y arrepentida, miras a nuestro Señor y repites este versículo del salmo 118: *Paratus sum, et non sum turbatus: ut custodiam mandata tua* (estoy preparado y no estoy turbado para guardar tus mandatos), dilo en latín, que aún suele hacernos más impresión, -y dilo con todo el sentimiento que encierra-, ¡estoy dispuesta, Dios mío, y no quiero turbarme, no me turbaré!, ¡cumpliré tu voluntad! ¡Yo me acusaré de tal pecado, de tal falta!, ¿qué me cuesta humillarme, desprenderme? ¡Me acusaré cumpliendo tu deseo! Pero, Conchita, sabiendo que hasta tu hora de acusación está perdonado, comulga en paz y espera en paz esta hora de tu primera confesión.

También suele ocurrirnos, que hacemos cosas que no están bien, que son faltas, pero que, al hacerlas no pensamos sean tales, sino a veces, lo contrario; y luego, pasado tiempo, vemos aquellos actos defectuosos. Pues ten la misma norma y dile a nuestro Señor: ¡Dame y aumenta en mí la contrición, y no me dejes consentir la turbación! Dispuesta a humillarte en tu primera confesión, intensifica la contrición perfecta que, eso sí, debemos ser muy delicadas con nuestro Señor, quien no merece la desatención más mínima; nuestro amor, no debe sosegar, hasta haber tratado de reparar aquella falta con el dolor más intenso y la disposición más sincera de humillarnos, acusándonos en nuestra confesión, si bien, como te indico: **clara y concisamente**, salvo preguntas que nos haga el confesor, a quien hemos de darle confianza absoluta para ello; en este caso, contestar debemos con la mayor sencillez y detalle, como si contásemos al mismo Jesucristo, ante la Virgen y los santos que nos acompañan en el acto.

¡Te repito que contrición siempre, turbación nunca! Recuerda nuestro refrán castellano: «A río revuelto, ganancia de pescadores». El pescador que así agita el alma turbándola, es habilísimo para su ganancia, y tan avaro, que aunque no lograrse más que impedir el

bien que podría hacer en una hora esa alma estando en paz, trabaja tenazmente en el negocio para conseguir turbarla, por todos los medios. Por eso, ¡mi Conchita, está muy alerta!, y sabe; que la paz es concedida a los hombres de buena voluntad: luego si tú la tienes buena en tus confesiones, no debes dejarte arrebatarse esa paz bendita. Fruto que tanto vale y tantos bienes de toda clase nos proporciona.

Te abraza tu hermana,

Sor Z

Agosto 1957

«Te perdono»

Mi Conchita querida: Paz y Bien

Animada por tu bondadosa madre Maestra, seguiré ayudándote un poco en la preparación de tu confesión general que tanto te preocupa.

¡Querida hermanita mía! Apuros, no tengas nunca, sino deseo ardiente de hacer tu confesión. ¡Confesarnos! Si pudiésemos comprender lo hermoso que es... Es el momento de sincerarnos con el Ser que más nos ama, Jesús, que espera esos momentos con ansias infinitas... y si le han sido dolorosas nuestras ofensas, le es dulce aplicar a nuestra alma su Sangre divina que lava nuestras manchas apenas pronunciamos nuestras culpas; y le es dulce, dulcísimo como no podemos imaginarnos, decirnos «te perdono» mientras imprime en nosotras su cariñoso y purísimo ósculo de paz...

¿Recuerdas la parábola del hijo pródigo? Qué tierna, ¿verdad? Es un reflejo de la ternura de nuestro Padre Celestial para con el pecador arrepentido; de la ternura de nuestro divino Esposo Jesucristo para con su amada esposa infiel, pero contrita. Del amor con que el Espíritu Santo aguarda este momento, para inundarnos de su luz, de su paz y de su gozo inefables...

¡Qué bueno es Dios, Conchita, qué bueno es Dios, qué Padre tan bueno, de ternuras sin medida, como que es amor, todo amor, todo misericordia!... Mira lo que significa esta palabra «misericordia»; que el corazón de Dios se enternece ante nuestra miseria, y el alma que se reconoce miserable, se hace objeto de las divinas ternuras del Señor. Por el amor del Amor, ¡dolámonos de haber ofendido al Amor! «El Amor no es amado, el Amor no es amado», y porque ya queremos amarle, humillémonos, confesando nuestras culpas con firmísimo propósito de enmienda... a toda costa.

Nosotras, Conchita, somos llamadas por Dios Amor, para extremar nuestras delicadezas de amor a Él y para suplir el amor que en muchas almas le falta. Cuánto espera nuestro Dios amor de nosotras, y nosotras, con qué frialdad preferimos serle desatentas, descariñadas en nuestra conducta, ofendiendo a nuestro Dios tan bueno y que tanto nos ama... Esto debemos pesarlo mucho y llorarlo mucho y siempre, y demostrar nuestro arrepentimiento por la sincera humillación y enmienda, viviendo ya sólo para Él, y esperándolo todo de Él..., que tan amorosamente nos busca en nuestros desvaríos, nos saca de nuestro zarzal y nos lleva en sus brazos.

Por más que te veas pecadora, ten mucha confianza en Jesús. Él es quien te ayuda a conocerte, quien te conduce a la saludable piscina de la penitencia para curarte con su Sangre Preciosa y hermohear tu alma con los resplandores de su gracia que en cada confesión bien hecha, aumenta más y más. ¿Cómo apreciar este beneficio inmenso?

Yo quisiera fueses muy agradecida a nuestro Señor después de la confesión. Cada día que nos confesamos bien y recibimos la absolución, debe ser para nosotros un día de acción de gracias; y así como hemos invocado al Cielo para confesarnos, debiéramos después vivir en el Cielo glorificando al Señor en unión de todos los ángeles y santos, en unión de nuestra Madre María por tal misericordia obtenida, todos los días de nuestra vida: que esto hemos de hacer eternamente *Misericordias Domini in aeternum cantabo* (cantar eternamente las misericordias del Señor). Pues lo que haremos entonces cuando conozcamos mejor tan grandes beneficios, comencémoslo ya agradeciendo, agradeciendo...

Agradecemos también al Señor, el habernos hecho hijas de la Iglesia Católica que así nos facilita los medios de santificación y salvación. Ya ves, cuántos medios, cuántas facilidades, para que podamos confesarnos bien las religiosas: nos señala más de un confesor y aún da nuevas amplitudes teniendo en cuenta como Madre tierna y sabia las necesidades que el alma puede tener, para que se

confiese con libertad. Respeta, y usa de esta libertad si alguna vez necesitas; si bien, para esto te recomiendo buen sentido; pues si los superiores deben concederla, también son llamados a evitar abusos si los hubiese en ello. Por eso, siempre sería en tus casos de conciencia, sin caprichos, sin niñerías. Como te he indicado, no humanizar el sacramento y ver en el confesor al mismo Jesucristo que te espera con ansiedad divina de darte su perdón y su paz.

Y con esto termino cuanto se me ocurre para ayudarte a tu confesión, advirtiéndote, que si no estuviese conforme cuanto te digo con las indicaciones de tu confesor o de tus Reverendas Madres, ante todo, abnegación y docilidad de juicio. Ríndelo y obedece, que siempre el «varón obediente, canta victoria».

Ahora, oraré mucho por ti, hasta que me digas que te has confesado y estás tranquila, que es lo que te desea tu hermanita que tanto te quiere,

Sor Z

Diciembre 1957

La túnica de tu alma

Mi Conchita querida: Paz y Bien

De tu carta que he recibido, tomo el punto de fraternal expansión contigo, por estas letras.

Me dices, y me alegro mucho, que preparada ya tu confesión, te ocupas en otra ocupación: Tu equipo de novicia, tejiendo el paño para túnicas y Hábito que tú misma también te harás según ha dispuesto tu Reverenda Madre. Dices que tu originalidad «es la última moda que voy a vestir». ¡Qué... ganas tenía de terminar con las otras! ¡Es verdad Conchita! Con esta, para ti, «última moda», acabarás con las otras tan impertinentes, y debes acabar también con lo que ellas significan: mutabilidad, frivolidad, vanidad... Con qué cariño, devoción y gratitud debes preparar tu Hábito religioso, que tanto te ayudará, te preservará, te enseñará. Es un precioso libro de oro que te presenta nuestro Jesús, en este mandato de tu Reverenda Madre. Preparar tú misma tu Hábito religioso: túnica interior, exterior, toca, velo, cordón...

Me cuentas que has comenzado tejiendo la túnica interior. Estudia entretanto, aprende, deduce... Así como para vestir tu cuerpo religiosamente, así también debes tejer y confeccionar la túnica de tu alma, pues si bien la tienes ya vestida con la blanca vestidura de la gracia, al entrar en religión, debes como vestirla de nuevo, con una nueva vestidura de «salud». Mira el material, penetra y escucha lo que te dice... Es lana de los corderitos de casa, que mamá ha tenido el gusto de hilar para ti... Este rasgo de ternura maternal me conmueve hondamente, mas después de agradecer al Señor tal madre que nos dio y agradecer tal amor de nuestra madre, ¡no nos detengamos en esto! ¡Sobrenaturalicemos el simbolismo! Miremos a nuestra Madre del Cielo que nos ama casi infi-

nitamente más que la de la tierra. Ella piensa también con entusiasmo en tus hábitos espirituales que han de distinguirte como esposa de Jesucristo y te preparan material divino para que tú misma les tejas y confecciones con primor, prestándose a dirigirte a Ella en tu labor, con inefable ternura...

Es el material, más que lana de los corderitos... Suavísimas hebras de las virtudes del Cordero Divino, nacido de su seno virginal: hebras, teñidas con la sangre preciosa que Él derramó con tanto amor, para que tú y yo, llegásemos a ser esposas suyas... ¿Qué otro amante hubo así de enamorado que a tal precio conquistase?... Tengámoslo siempre en cuenta, sin olvidar, que amor con amor se paga... En nuestro caso se agradece...

Con todo el amor de tu corazón pues, con amor apasionado y purísimo, debes también preparar tu vestidura divina, para vestirte «de tu Jesús» de lo que nos recuerda especialmente la lana: la humildad y mansedumbre del corderito, del «Cordero Divino»..., es lo que nos dice Él mismo que aprendamos: a ser como Él, *mansos y humildes de corazón*. Como Él que fue conducido al suplicio, *cual cordero que no abre su boca para quejarse*... ¡Qué bien aprendieron y practicaron estas virtudes nuestros hermanos en Religión, entre ellos, aquel Fray Junípero quien, como las Florecillas nos cuentan, condenado injustamente a la horca, se dejaba mansísimamente conducir a ella sin desplegar sus labios en defensa de su inocencia... ¡Imitémosle!

Recuerda aquellas palabras del Señor a Moisés en el monte Horeb: *descálzate, porque es santa la tierra que pisas*... Santa es, Conchita, la viña escogida donde vas a morar, ¡¡descálzate!!... ¡Despójate de ti!, de esa tu soberbia, de tu irascible, de todo lo tuyo, del «hombre viejo», para vestirte las vestiduras de salud, las virtudes de Jesucristo, revístete del «hombre nuevo»... Bajo la dirección de María teje con tu trabajo personal primorosamente tu preciosa túnica espiritual. La material, con sus colores gris y blanco, nos indica además estas virtudes: mortificación, pureza...

¡Renúnciate, mortifícate!, y adquiere con el ejercicio de actos renovados, esa angelical virtud que te hará digna compañera de los ángeles de la tierra, tus hermanas de Religión, y de los ángeles del Cielo con quienes vas a convivir... Pureza de corazón, pureza de espíritu, pureza de cuerpo, pureza de conciencia, la pureza de Jesús, mediante la mortificación de tu cuerpo, espíritu y corazón. ¡Qué hermosa túnica para vestirla el día de tu ingreso en la seráfica Orden de nuestra Madre Santa Clara!

Convéncete de que esta **túnica, nadie sino tú**, te la puede hacer. El trabajo es absolutamente personal, con la ayuda de nuestra Madre del Cielo, Madre de la divina gracia, con la ayuda de la gracia que Ella te alcanzará. Trabaja siempre bajo su maternal mirada y Ella completará tu labor, perfeccionando con inefable ternura sus defectos, para que, resultando primorosa, te haga toda agradable al que, con locura de amor, desea ser tu Esposo divino.

Y termino hasta otra si Dios quiere.

Tu hermanita,

Sor Z

Enero 1958

Purísima intención y firme voluntad

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Pues quieren tus Superiores, vamos a seguir las dos estudiando el telar. Vemos urdimbre trama, sobrenaturalicemos; la urdimbre la ha preparado Dios; la trama, tienes que manejarla tú, sola tú con su ayuda. Es para enloquecer de amor la consideración del cariño infinito con que Dios ha preparado esa urdimbre para cada uno de nosotros desde toda la eternidad..., la forma, todos los sucesos y acontecimientos de la vida, todo cuanto vemos y sentimos, todo cuanto conocemos y aspiramos, todas las criaturas, incluso la alegría, el dolor, todo menos el pecado... El pecado mortal, ese rompe la urdimbre, y por más esfuerzos que hiciéramos, no podríamos manejar la trama en tal estado, pues sólo el dedo de Dios puede enlazar tal urdimbre así rota, mediante nuestro sincero arrepentimiento, por la absolución bien recibida.

¡Pues bien, querida hermanita mía! Estimemos más que nuestra vida cada una de las hebras de esta urdimbre sagrada, dispuesta en tal maravillosa combinación por amorosa y sabia providencia del Señor, y vamos cada momento, sin perder un instante, a trabajar en ella. Instante que perdiésemos en el descuido, resultaría un imperfecto en nuestra labor, difícil para nosotros de arreglar... Por eso hemos de trabajar bajo la maternal mirada de María. Su amor sabe engastar en nuestras reconocidas imperfecciones, perlitas de eterno brillo, por los sentimientos de humildad que la ofrecemos y que Ella nos alcanzó antes...

¡La trama espiritual! Yo la considero formada por estos dos cabos: la purísima intención y la firme voluntad. Con esta trama consistente, formaremos el tejido. Si algún otro cabo extraño colo-

cásemos en ella, -torcida intención, egoísmo o vanidad, etc- haría débil la trama, y estropeando el trabajo, sería expuesta a romperse por el pecado mortal... Solícitas hemos de estar pues, Conchita, para que nada debilite ni rompa nuestra trama, lo que tan funestas consecuencias nos traería.

¡Trabajemos! Y así como en el telar trabajamos con inteligencia, manos y pies, trabajemos espiritualmente con las tres potencias de nuestra alma y con la norma de tres que el mismo Jesús nos dio: *con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas*; que este trabajo es amor, y así es cómo hemos de amar...

Trabaja, sí, en el tejido de la túnica interior, y estudia, estudia y aprende... ese color ceniciento, el color gris que domina, nos recuerda las palabras de la Iglesia al aplicarnos la ceniza santa: «Acuérdate que eres polvo y en polvo te has de convertir»... Nuestra túnica será nuestra mortaja que llevaremos siempre... Recuerdo que, hace años, siendo yo novicia, mamá nos pidió el favor de hacerle aquí una mortaja. ¡Con qué impresión yo misma se la cosí! Pasado algún tiempo, nos contaba en el locutorio: «Todas las noches la coloco sobre la cama y con las manos juntas sobre ella, medito en la muerte, me preparo para morir»... ¡Aprendamos de nuestra buena y cristianísima madre!

Llevarás, como llevo yo puesta, la mortaja... Por consiguiente, muertas debemos vivir... ¡qué distinta debe ser la vida del sentido, la vida de una muerta amortajada! Su vida debe ser muerte, su muerte, vivir... Debemos vivir muertas al mundo, a nosotras, vivas sólo para Dios... En una persona muerta se realiza la destrucción más completa del cuerpo, en el silencio más callado y permanente... ¡Así en nosotras! Silenciosamente, ocultamente, sólo bajo la mirada de Dios, realicemos nuestra destrucción, la destrucción del «hombre viejo» en nosotras, a medida de la cual, la vida se vigoriza y ésta avanza en los progresos del amor que nunca muere...

Trabaja pues, sí, medita, y prácticamente, ¡muere! Destruyendo tus vivezas, tus aficiones, proyectos y todo lo de aquí abajo, lo

que te dejas abajo un poquillo te seduce aún..., que tales y tales personas asistan o no a tu ceremonia, que tienes preparados tales y tales recuerdos en su obsequio, y cositas así, ahora, todavía tolerables en ti. Pero vas a terminar con todo, Conchita mía. De todo has de desprenderte por amor, para entregarte al Amor... Así, como una amortajada, muerta a todo por amor: elevándolo todo, y elevándose por todo hasta su Jesús, de modo que puedas exclamar con verdad como nuestro Seráfico Padre: ¡Dios mío y todas mis cosas!

Y terminemos cantando las dos a nuestro Divino Jesús:

¡Silenciosamente
por Ti, Jesús mío,
siempre moriré!
Bajo tu mirada,
pobre amortajada,
silenciosamente,
por Ti Amado mío,
¡me destruiré!

Tu hermanita,

Sor Z

Febrero 1958

Hábito y cordón

Mi Conchita querida: Paz y Bien

Continuemos en nuestra confidencia íntima, ocupándonos en lo que ha de ser nuestra mortaja interior: el Hábito marrón, color de barro, de lodo, que constantemente nos recuerda nuestro origen y nos canta esta lección: ¡«Polvo eres»! ¡Eres lodo! ¿Y te envanece?... ¡Locura! ¿Te regalas?... ¡necedad! ¡Piensa y vive con cordura! ¡Recréate en la humildad! ¡Busca en el Cielo tu hartura! Todo lo de aquí es basura..., mira en qué vas a parar..., polvo eres, eres lodo..., ¿a qué puedes aspirar?... ¡Pues concluye polvo y lodo! Y todo lo de aquí abajo, déjalo..., ¡¡déjalo todo!!...

¡Qué seriedad la de nuestro Hábito!, ¿verdad, Conchita? ¡Qué mal diría con él la frivolidad en nosotras! Vestidas de él, hemos de vivir crucificadas con Cristo en la cruz cuya forma lleva nuestro Hábito... Nos enseña la seriedad divina con que debemos penetrar el sentido de las cosas, siendo como es todo de consecuencia eterna..., «moda que nunca se muda»..., nos recuerda la inmutabilidad de Dios que debemos imitar por la firmeza de nuestros santos propósitos, sin dejarnos mudar por el vaivén de los sucesos y circunstancias de la vida.

Modestia singular la de nuestro Hábito que nos exige la modestia interior y exterior que debemos vivir, sin otras aspiraciones que lo eterno y lo imperecedero, bien convencidas de que todo lo demás es *vanidad de vanidades y aflicción de espíritu*...

Todas estas cosas y las que el Espíritu Santo te sugiera, debes tú meditar mientras te haces ese Hábito santo, tan enriquecido por nuestra Madre la Iglesia. Para él alcanzó nuestro Seráfico Padre el privilegio de ser signo de predestinación, pues Dios le pro-

metió que no se perdería eternamente ninguno de cuantos mueran con el Hábito de la Orden. ¡Qué alegría debemos sentir al ser vestidas con él!, ¡cuán agradecidas debemos estar al beneficio de haber sido admitidas en esta Orden Seráfica, y cómo hemos de pedir constantemente al Señor, la perseverancia en ella hasta morir! ¡Conchita! ¡Prepárate dignamente, para llevar dignamente hasta el fin de tu vida tan santo Hábito!

Después del Hábito, harás el cordón, de lana también; lo que nos dice que hemos de ser mansas, doblemente mansas, triplemente mansas, como corderitos: mansas por cristianas, mansas por religiosas, mansísimas por religiosas franciscanas; hijas de aquel pobrecillo Francisco, el santo más parecido a Cristo, de quien antes de su vida mortal dijo el Espíritu Santo: *No será triste ni turbulento, no levantará su voz ni quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que aún humea*. De qué mal tono sería una franciscana, no digamos iracunda, que eso, ya por cristianas no debemos ser, pero con sus mal dominados ímpetus de genio, de temperamento o ceño fruncido, o modales nerviosos... ¡Dime! ¿Qué has hecho de aquel tu accionar en tus conversaciones hablando más con las manos que con los labios? ¡Conchita!, una vez tomes el santo Hábito Seráfico te quiero con tus manos ocultas, quietas, mientras hablas, con perfecto dominio de ti misma... Dominio que ayuda a la virtud sin reñir con la alegría, sencillez y espontánea jovialidad, que otro santo más alegre que nuestro Padre San Francisco no encontramos, ni que mejor entendiese la alegría; pero lee las Florecillas, y la verás, según él, fruto de la mansedumbre. Ya ves el encantador diálogo con Fray León, como termina: «Cuando habiendo sido juzgados injustamente y tomados por bribones, maltratados como tales por el portero supuesto, que nuestro Padre habla, lo sufriesen con heroica paciencia expresando su alegría por tal suerte, en himnos de acciones de gracias al Señor».

Qué bien sabía apreciar nuestro Padre las palabras del Espíritu Santo que nos dicen: *Vale más el hombre sufrido que el fuerte; más el que sabe vencerse a sí mismo que el conquistador de ciuda-*

des... Y concluye nuestro Santo: porque sólo podemos gloriarnos, según el Apóstol, en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo. ¡Adiós Conchita! Continuaremos Dios mediante.

Tu hermanita,

Sor Z

Abril 1958

Esos nudos de tu cordón

Mi Conchita querida: Paz y Bien

Quedábamos el último día penetrando el simbolismo de nuestro cordón, cingulo de castidad, que nos dice, hemos de perseverar en este estado de castidad virginal nosotras, mediante la observancia de los votos que simbolizan sus nudos.

Una vez impuesto este santo cordón solemnemente contraerá la obligación de estudiar y penetrar muy a fondo durante el noviciado, los cuatro votos que pasado un año vas a prometer al Señor. Entre tanto, debes enamorarte de estos votos, hermosísimos lazos que te unirán más y más a Jesucristo, y debes ensayarte en su cumplimiento. ¡Cuán agradecida has de estar a esta misericordia divina que Dios te prepara!

Como nuestra mortaja o Hábito nos dice es nuestro origen de barro, y barro y polvo vendremos muy pronto a ser; pero en este cuerpo corruptible llevamos la hermosa joya de nuestra alma, que, a pesar de su inclinación al mal después del pecado de Adán, es joya de tanto precio que tanto vale o cuanto ha costado: la Sangre de un Dios... , mira en qué joyero tan frágil y miserable llevamos joya tan preciosa. Cualquier fuerte vaivén en sentido espiritual, y dada la inclinación aviesa del alma, puede hacerla perder su brillo, y perderla por el pecado mortal. Pero Jesucristo nos ama con amor de predilección y a nosotros, débiles plantecillas, nos trasladó a la Religión seráfica, y con cuádruple vallado, nuestros cuatro votos, preserva a su escogida de todo peligro... ¡Qué bueno es Dios con nosotras, hermanita mía! Besa, sí, besa esos nudos de tu cordón una vez recibido, y en ellos, esos vallados que de tantos males te preservan... Esos lazos sagrados que te estrechan más y más con tu Jesús. Por ese blanco cordón, quedarás también unida a la gran Familia seráfica, participando de modo especial de esa savia divina que por ella circula. Esto es hermoso si sabemos comprenderlo y vivirlo... Vivir así unidas a tantas almas verdaderamente seráficas de

nuestra Orden, no sólo en la Iglesia militante, sino en la purgante y triunfante, que se interesan por nosotras de modo especial... Ser hermanas de tantos santos gloriosos... Un San Pascual, San Antonio, San Buenaventura... , bien puedes tomar el breviario y ver por las letanías de la Orden qué hermanos vas a tener... , y bien puedes estimularte a ser digna de tales Hermanos y Padres. Todos los días al ceñirte, y de vez en vez, de cuando en cuando, besa, Conchita, con la mayor devoción tu cordón blanco y únete en purísimo acto de adhesión a todos los miembros de nuestra gran Familia sin excluir ninguno, ofreciendo a Dios para suplir tus deficiencias, los actos virtuosos de nuestros santos y Seráficos Padres y Hermanos. ¡¡Verás qué unción de consuelo y estímulo lleva para tu alma este ósculo santo con que humilde, agradecida y ferviente, debes besar tu cordón!!

El cordón, cingulo santo de castidad semejante al cingulo que el sacerdote se ciñe para celebrar la Santa Misa..., nos recuerda, a ti, lo que vas a ser, como a mí lo que ya soy por la misericordia de Dios: como esposa de Jesucristo, esposa sacerdotal que, unidas a nuestro divino Esposo, debemos ofrecer al Padre nuestra inmola-ción continua: por el afecto, por el ardiente anhelo, por la práctica... ¡Conchita! Constantemente se celebra el Santo Sacrificio de la Misa. Son unas 4 por segundo las elevaciones de la Santa Hostia. Jesucristo se ofrece constantemente al Padre de este modo por su gloria, por la salvación del mundo entero, en sacrificio incruento, como se ofreció en el sangriento sacrificio en la cruz. Sacerdote eterno y Víctima inocente que muere con sed de más inmola-ción y de más dolor, predestinándonos para llenar sus ansias...

Correspondamos en cada uno de nuestros casos prácticos a tal fineza de nuestro divino Esposo, aliviando su sed con fineza de amor en ellos. Esto nos dice nuestro cordón en su semejanza con el cingulo del sacerdote.

¡Adiós Conchita!

Tu hermana que te quiere siempre tortolilla inmolada por Jesús en perpetuo holocausto.

Sor Z

Mayo 1958

«Otro te ceñirá»

Mi Conchita querida: Paz y Bien

He recibido tu carta. Te veo un poco impaciente anhelando mis notas de ayuda para tus ejercicios espirituales que ya se acercan. Procuraré complacerte; pero hoy ten un poco de paciencia aún, que vamos a seguir con nuestro equipo de novicia y estamos con el cordón.

¿Sabes lo que también suele recordarme al ceñírmelo? En cuanto al objeto o prenda, aquellas gruesas cuerdas o sogas con que ataron a nuestro Señor en el huerto de los Olivos torturándole tan cruelmente con bruscos vaivenes, al conducirlo a casa del Pontífice, tirando de ellas los bárbaros soldados, unos en un sentido, otros en otro...

Su calidad de lana me representa la mansedumbre con que nuestro Jesús sufría todo dejándose conducir de aquella forma, entregado, ¡con qué amor!, por nosotros, por todos, por ti, por mí...

¡Conchita! Qué debemos ser nosotras para nuestro Jesús... ¿qué podremos ser?... ¿sogas o corderitos?... Según nos ciñamos, con la voluntad suya o con la nuestra. Si con la nuestra, de seguro nos convertiremos en sogas para tortura de nuestro Jesús, tratando de traerle y llevarle a nuestro capricho, queriendo que todo suceda y en todo nos vaya según nuestro gusto, no según el suyo... ¡Qué infidelidad obrar de este modo!

¡Hermanita mía! no seamos para nuestro Esposo divino maromas, sino corderitos y tanto que el Padre eterno pueda ver en nosotras al Cordero Inmaculado cumpliendo con tanta mansedumbre y amor su santísima voluntad, hasta la muerte de cruz...

Este acto de ceñirme mi amado cordón, suele recordarme aquellas palabras de Jesús a San Pedro que nos cuenta San Juan: *En verdad, en verdad te digo que cuando eras más mozo, tú mismo te*

ceñías el vestido, e ibas donde querías; mas en siendo viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te conducirá a donde no gustes...

Hagamos, hermanita querida, nuestra breve pero práctica aplicación: No nos ciñamos para **pasar** el día voluptuosamente, caminando por la senda ancha que conduce a la perdición. Con juicio maduro e ilustrado por la sabiduría divina, extendamos nuestros brazos con amor, y dejémonos ceñir y conducir por otro... ¿Por quién? Por nuestro Esposo divino, por sus legítimos representantes, nuestros superiores..., dejémonos conducir, reproduciendo la mansedumbre del Señor por la senda estrecha que nos lleva a la vida..., al eco de su dulce voz..., que también nos dice como a San Pedro: *¡Sígueme!* Esto sí, será **vivir** el día y no **pasar** el día... Dejémonos ceñir y conducir por Dios..., por su muerte de cruz..., las maromas, para nosotras, bestias feroces..., para dominar nuestras pasiones y encauzarlas al bien..., que para eso son fuerzas o energías, buenas en sí mismas que Dios nos dio, si nuestra voluntad ayudada de su gracia sabe dominarlas, guiarlas.

Todo esto nos enseña nuestro cordón y todo esto debemos pedir al Señor al ceñírnoslo, besándolo con gratitud y amor..., con gratitud, por los sufrimientos de nuestro Redentor. ¡Por amor, en justa correspondencia, con una entrega total, amorosa a su santa voluntad!

El color blanco nos indica cuál debe ser nuestra vida: pura, sencilla y alegre, fruto de la seriedad con que debemos tomarla, inspiradas en nuestra santa mortaja.

Cuánto hemos de estimar nuestro cordón, cuán dignamente debemos vestirlo, más honroso debe ser para nosotras, que los cetros de los reyes, más estimable que todo el oro y pedrería de la tierra.

Prepárate a recibirlo, con la mayor humildad, entusiasmo y fervor, y sea tu eterno lazo de unión con nuestro Señor Jesucristo y con las tres esclarecidas Órdenes seráficas.

Es lo que te desea tu hermanita,

Sor Z

Junio 1958

Todo ha de ser blanco en tí

Mi Conchita querida: Paz y Bien

Sólo unas letras hoy, para emplearnos en las últimas prendas de tu equipo, toca, velo, tu velo de novicia.

¡La toca!, ¡la blanca toca! ¿No todo ha de ser oscuro, verdad? ¡Nuestra blanca toca por tanto tiempo suspirada! Objeto de nuestros encantos infantiles, nuestro más dulce imán, nuestro dorado sueño, centro de todas nuestras ilusiones, nuestro ideal más bello y más sentido. ¡Cuántos suspiros, cuántas lágrimas, cuántas batallas nos ha costado nuestra toca bendita! Mas todo llega si Dios nos lo concede. ¡Por la lucha, a la victoria!

El día de tu victoria se acerca, y pronto serán colmados tus anhelos al verte ataviada con tu blanco tocado.

Nuestra blanca y bendita toca, nuestro sudario perpetuo desde el momento en que por la solemne tonsura, renunciamos a todo lo que significa «vanidad».

La vanidad en la mujer es tan innata, pero debemos dejarla en la bandeja con nuestros cortados cabellos y al recibir nuestra blanca toca cual sudario que cubrirá nuestra frente, nuestra alma debe entrar en la región de la luz, de la verdad; su vida desde ese momento debe ser una actuación continua de estas palabras de San Pablo: *Mi vivir es Cristo. La muerte es ganancia para mí.*

Mientras terminas de hacerte la toca, prepárate a dar un enérgico y último adiós a todos tus pensamientos de mujer para vivir como virgen que sólo y siempre piensa en Dios, armándote también al recibirla como el soldado con su casco y coraza para la batalla; ser virgen fiel por la lucha continuada contra tu innata vanidad. Pero

ánimo, Conchita, ánimo y viva la muerte, que la muerte es ganancia y qué ganancia si Cristo es nuestro vivir.

Despídete, despídete para darles un último adiós en aquellos momentos de tu ceremonia, de todos tus vanos pensamientos, de tus inclinaciones naturales de mujer mundana: deseos de bien parecer, de agradar a todo el mundo, de conquistar estimación y atenciones, todo eso ha de terminar en ti y terminar para siempre, ya que de no ser así, justamente serían aplicadas a ti aquellas terribles palabras de Jesucristo a los fariseos: *Sepulcros blanqueados*. Dios nos libre, mi Conchita, de ocultar bajo nuestra blanca toca, -que todo podría caer- la podredumbre y el horror de un sepulcro, por el pecado en nuestra alma.

Con la gracia de Dios, con tu denodada lucha y con tu blanca toca, vivirás, caminarás en la luz. Tu único pensamiento ha de ser Dios, Dios tu única aspiración, tu único amor. Entonces sí que oirás la voz dulcísima de Dios que te dice como a la esposa en los cantares: *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa mía, con una sola mirada de tus ojos, con una trenza de tu pelo*. Con tu mirada de fe, fija y permanente, con esa trenza formada de tus santos pensamientos, cautivarás el corazón de Dios, con todo su infinito y santo amor.

Todo ha de ser blanco en ti, blanca la toca y el velo, blanca el alma, transparente, lúcido tu pensamiento.

Recuerda, Conchita, lo que tantas veces repetiste cantando el himno de nuestro Seráfico Padre: su sendero es de luz. Por este sendero has de caminar, una vez recibidos tu blanca toca y velo; por su estela gloriosa, imitando sus virtudes, hasta identificarte con él y por él, con Cristo. Que así sea y hasta otra si Dios quiere.

Tu hermana,

Sor Z

Julio 1958

Por la soledad a la oración

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Vamos a seguir hablando un poco más sobre aquel amor ardiente de nuestro Padre San Francisco a la santa soledad:

Tanto la amaba que todo lo esperaba de Dios y de ella, y todo lo buscaba en Dios por ella, no quedando jamás frustrada su esperanza. Una vez empleado este medio eficaz, sembraba en la soledad y recolectaba en su apostolado activo; pues ya predicase con el ejemplo o con la palabra, el triunfo era rotundo, ganando las almas para Cristo.

Solía pasar las noches a imitación de Jesús en oración en su soledad amada, internándose en el bosque derramando ardientes lágrimas de amor y celo por su gloria en la salvación de las almas..., y de día, en cuanto le era posible, se hacía su soledad prosiguiendo su oración que siempre era tan profunda y elevada, como sencilla y humilde... Mira qué meditación caminando de Perusa a Santa María de los Ángeles con Fray León sobre la perfecta alegría... ¡Supongo que habrás leído ese capítulo 7º de las Florecillas!, ¡eso sí que es meditar! Mira en el capítulo 8º, qué maitines rezaron sin breviario Fray León y él..., ¡eso sí que es alabanza divina! ¡Porque a Dios más se glorifica cuanto más sincera y profundamente se humilla uno a sí mismo! ¡Qué sencillez de oración!, pero, vamos al asunto:

Manifestaciones de sus ansias de soledad son aquella santa Cuaresma que pasara junto al lago de Perusa con sólo medio panecillo..., aquellas disposiciones para que sus frailes pasasen en el retiro como él de tiempo en tiempo varios días sin otra preocupación que hablar con Dios..., sus dudas sobre la voluntad de Dios, para elegir sus inclinaciones, la vida solitaria, de las que le sacaron nuestra Madre Santa Clara y Fray Silvestre... su alegría y gratitud al recibir el regalo del

monte Alverna, para hablar en sus grutas y desiertos ocultos a toda humana mirada... Allí sus noches y sus días en las más elevadas contemplaciones, hasta conseguir su crucifixión por Cristo, del mismo Cristo... Su estancia en la cabaña de ramas de San Damián, donde compuso el cántico al Hermano Sol... ¡En fin, Conchita, estudias su vida, y verás prodigios de soledad, prodigios de santidad!

¿Y nuestra Madre Santa Clara? ¡Ella sí que cumplió bien los ideales de Francisco! El ansia de soledad que hizo suya, sobre todo, después que él la contuvo en su intento de misionera activa..., en su celda... allí, cerquita de su Prisionero de Amor, en sus largas épocas de enfermedad, en su lecho, desde donde veía el Sagrario por un tabique abierto por ella para este fin..., arrobamientos, éxtasis de largo espacio de tiempo, como aquel del cual despertó solamente en virtud de santa obediencia después de tres días en Semana Santa... Soledad de su celda a donde el mismo Niño Jesús venía a recrearla..., soledad desde donde los ángeles la llevaron para oír las divinas alabanzas en el coro de los Frailes Menores la Noche de Navidad, volviéndola después a su celda... ¡Mi querida Conchita! ¿No te animas, no te ilusionas?, ¿no ardes en ansias de soledad? ¡Pues adelante! ¡Soledad, soledad! Y por la soledad a la oración, pues soledad sin oración no sería el ideal, sería más bien, lecho de ociosidad, madre de todos los vicios... Oración, por la soledad; ¡unión con Dios, por la oración! Unión, que es la santidad, traducida en la práctica de todas las virtudes del modo más perfecto, más seráfico, o sea, ¡con el más encendido amor!

He aquí nuestro itinerario como hijas de tales Padres. ¡Vayamos por él!

Hasta otra si Dios quiere, con un abrazo en Jesús y María.

Tu hermanita,

Sor Z

Septiembre 1958

La amistad de Dios

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Por la tuya, veo que tu alma, después de la confesión general, ha quedado en calma celestial y la soledad te atrae con su dulce y poderosa fuerza... Es el Espíritu Santo que a ella te conduce con infinita ilusión y amor inmenso...

A ti Conchita, particularmente a ti, pensando en ti, teniendo presentes estos momentos, estos días de tus ejercicios espirituales, se refería cuando por el profeta dejó escrito: *La llevaré a la soledad y le hablaré al corazón palabras de vida eterna.*

Entrégate pues, como una hojita sin peso al influjo del sople divino, a la dulce y santa amada soledad... hojita seca y desprendida del árbol mundanal, para convertirte en flor y fruto sazonado del árbol de la vida... seco en ti, desaparecido en ti. Muerto en ti el verdor de los vanos anhelos, déjate conducir a la soledad. Oye la voz del que ha de ser tu virginal y divino Esposo, que te dice con todo el amor de un Dios infinita y eternamente enamorado de ti, pobrecilla alma: *¡Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, y ven!...* “levántate” del polvo y lodo de la tierra... una vez recibido con el ósculo de Dios por la absolución sacramental el perdón de tus pecados, fuera toda preocupación, todo recuerdo de tu pasado, si no es para derramar esas lágrimas de contrición perfecta que más aligeren tu peso, facilitándote así tu raudo vuelo hacia Aquel que con ansias divinas te llama... lágrimas de amor, que cual perlas preciosas más brillantes que luceros del firmamento, los ángeles de la soledad presentarán en cálices de oro como prenda de tu amor, puro y ardiente, al Amado de tu corazón...

Date prisa, Conchita, levántate; deja con toda presteza todo lo imperfecto de aquí abajo, desprende tu corazón de todos los afectos terrenos, sobre todo, esfuérzate por sacudirte de ti, de esa estimación propia que nació contigo, que contigo supo crecer y desarrollarse, y te saldrá al encuentro a cada paso, para perderte si no sabes vencerla con tu rotundo NO; y derrotarle completamente con actos contrarios...

Así, dispuesta, el Esposo divino te llama con esta tierna frase: *Amiga mía* ¡Oh amistad divina, amistad adorable la amistad de Dios, más estimable que todas las amistades, las más dulces, las más tiernas, las más sanas!... ¡La más santa de todas las santas amistades! ¡Amistad la de Dios a la que van unidas todas las amistades santas, dulces y estimables! ¿Hay tan alto honor que nos proporcione ninguna otra amistad?... ser amigas de Dios, Conchita, es ser también amiga de todos los ángeles... tantos... tan hermosos... de la Reina de los ángeles, María Santísima, que les excede en pureza y hermosura... de tantos, tan venerables patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes del Cielo y de las almas que forman la Esposa Inmaculada del Cordero, la Iglesia Católica. Entra, sí, mi Conchita, entra en la santa amistad de Dios que tan tiernamente te llama y poniendo tus ojos sólo en Él para que así pueda llamarte también “paloma mía”, llégate a Él confiada, pues con tanto amor te dice: “Ven” ¿A dónde? A la soledad donde Él mismo te preparará en la intimidad con sus palabras de vida eterna, para ser su digna esposa.

¡La soledad!, ¡enamórate de la soledad que tantos bienes va a traerte!, y para que más y más te enamores y vivas en ella, unida a tu Jesús y jamás de ella te apartes, te dedicaré en otras, mis pobres pensamientos sobre la soledad. Ahora, dando gracias al Espíritu Santo que así a la soledad te conduce, se despide con un fraternal abrazo, tu hermanita,

Sor Z

Octubre 1958

Pensamientos a la soledad

Mi Conchita querida: Paz y Bien.

Como te prometí, te envió mi manojito de pensamientos dedicados a nuestra amada soledad, para que trasplantados en tu pecho, los cultives y recrees a tu Jesús que ¡cuántas veces vendrá a pedirte en ella tus consuelos...! ¡Hermanita de mi alma! Que no tenga que sufrir Jesús hondas decepciones cuando, suspirando consuelos, venga a buscarte en la soledad y **no te encuentre**. Aprópiate, asimila mi ramillete de pensamientos... y me gustaría que también te unieses en íntimo, serio, real, perpetuo desposorio con tu soledad amada, para que todos los designios y anhelos de Dios sobre ti, queden cumplidos, colmados...

PENSAMIENTOS

Alma mía, ¿tienes ansias de soledad? Pues muere a ti misma de veras... ¿recuerdas las palabras que oías de niña? «Dios mío, qué solos se quedan los muertos»... ¡muere pues!, muere bien, y hallarás la soledad que tanto ansías...

¡Oh soledad amada, en la que todo calla y todo habla, con el lenguaje más elocuente, más sublime...!

Soledad, en cuyo silencio se percibe la voz sincera de la conciencia, que enseña al hombre la ciencia más elevada, por la que se adquiere el conocimiento superior a todos, ¡el de sí mismo y el de Dios!

Soledad, codiciada por el mismo Dios, que te ha escogido para llevar a tu morada las almas más amadas y tener con ellas en ti sus íntimas confidencias y complacencias más puras y divinas...

Soledad amada que custodias vírgenes, formas apóstoles, preparas mártires de Cristo...

Soledad, que formaste al precursor de Cristo, al hombre más grande nacido de mujer, según el mismo Cristo...

Soledad, honrada por el mismo divino Jesús, en largo espacio de treinta años...

Soledad, en cuyo sagrado y silencioso retiro, se realizó el misterio más grande, la Encarnación del Verbo, en la azucena más pura que antes y después de Cristo custodiaste...

Soledad, que fuiste testigo de los idilios más divinos, de las más tiernas miradas, de las delicias más santas entre Jesús y María...

Soledad, acogedora de los sentimientos más delicados y divinos y de las hondas y sublimes tristezas del Buen Jesús...

Soledad, que conoces y acoges en tu retiro santo al gran desconocido de los mundos y de los siglos, Jesús Sacramentado, Amor de los amores, que gusta de morar contigo en los Sagrarios... Tú sabes consolarle con tus dulzuras del desamor de los hombres ingratos...

Soledad, en cuyo silencio se oye la voz más dulce, más divina, más amiga, más cariñosa, más tierna, la voz del mismo Dios...

Oh querida soledad, salud de los pecadores, maestra de la pureza, de la humildad, de la penitencia y demás virtudes, por las que tantas almas se han santificado en ti... ¡Cuán poco conocida eres del mundo, que tanto te necesita!...

Soledad querida, yo estoy enamorada de ti, te adoro y, en el abrazo más estrecho, quiero que hagamos este dulce contrato: morar yo en ti siempre, y tú en mi corazón. Moraré por ti y tú me darás la vida, que es Dios...

Y por hoy te dejo en soledad, pensando, pensando... Yo quisiera que fueses muy pensadora; que el buen pensamiento es combustible del fuego del santo amor... Así que piensa, piensa... y la llama de este fuego será en ti siempre ardiente, viva, inmensa...

Tu hermanita,

Sor Z

Diciembre 1958

Pensamientos a la soledad

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Para que sigas pensando y te enamores más y más de la santa soledad, donde has de santificarte, sigo enviándote mis pobres pensamientos:

Soledad querida ¡qué prodigiosa eres!, más me unes a las criaturas cuanto más me aislas de ellas pues me unes a Dios, en quien todas las criaturas son...

Fecundidad prodigiosa la tuya, ¡soledad amada! Tus frutos son de vida eterna...

En ti, llegó Abraham a su heroísmo, y escuchó la gran promesa del Señor...

En ti, habló el Señor a Moisés en medio de la zarza...

Después de cuarenta días de retiro en tu recinto santo le dio el Señor las tablas de la Ley y hubo de habitar contigo otros cuarenta días para recibirlas de nuevo...

En ti, alcanzó Judit la fortaleza para vencer al monstruo. La contempló con el fruto ansiado esparciendo pureza y bizarría, y alabando al Señor... trae en sus manos la cabeza de Holofernes, que ella misma cortó, protegida por ti, en aquel su momento decisivo...

¡Ester!, ¡la hermosa Ester!..., retirada contigo, la revestiste de hermosura divina, y el rey quedó prendado..., fue escuchado su ruego, y salvado su pueblo de Israel...

Tú, compasiva, no abandonaste a Job en el estercolero... en ti recibió el don de profecía, premio del heroísmo en sus virtudes que, alentado por ti, ofreció al Señor...

Tienes todo el Antiguo Testamento sembrado de tus encantos, enlazados con la maravilla de todos ellos... el retiro en el Templo de la Virgen María, preparándose contigo para ser Madre de Dios...

Después de Juan Bautista, el retiro más cumbre del Hijo de Dios vivo..., ¿cómo podrían narrarse las escenas que tú presenciarías en aquel desierto al que el Espíritu Santo le llevó?... Su triunfo en las tentaciones, los ángeles sirviéndole..., preparándose el mismo Dios en ti para su magna obra de evangelización y redención...

A ti llevaba Jesús a sus apóstoles para «descansar un poquito» de sus tareas... ¡Qué dulces confidencias presenciarías tú, soledad amada!

Contigo pasaba Jesús las noches orando al Padre... y en su soledad del Huerto y del Calvario, acogiste las grandezas de amor y de dolor de todo un Dios...

Retirándose con María todo el Colegio Apostólico esperó y recibió al Espíritu Santo. Y formaste en tres días de retiro al Apóstol de las gentes...

Eres el medio de la divina acción en las almas, y eres el oxígeno vivificante de las mismas...

¡Oh cuánto vales, soledad amada!... Un ratito diario y sosegado en soledad a cada alma, a solas con Dios, nos daría la vida eterna...

Yo quisiera, mi Conchita, que la página de vida tuya en soledad, pudiera ser de oro, escrita por los serafines del Cielo..., a imitación de la página de soledad de nuestra Madre Santa Clara; página de nimbos eternos que escribieron los ángeles y el mismo Jesucristo, que, al encontrar tan poco escrito de ella, deducimos que lo sublime de su vida, excede al rasgo de plumas humanas... Adiós Conchita, nada mejor que la soledad.

Tu hermanita,

Sor Z

Febrero 1959

Desposorios del alma con la soledad

Mi Conchita querida: Paz y Bien

Siendo muy del agrado de Dios los místicos desposorios del alma con la soledad, vamos a continuar nuestros soliloquios para preparar las bodas, preparando antes el programa de vida, o las mutuas obligaciones:

Tú ya sabes, soledad querida, que vas a ser mi esposa, pero esposa auxiliar; y tu misión, la de custodiarme muy celosa, toda para mi Esposo Jesucristo:

El que tanto te distinguió, el que tanto te honró, al que tú tan fiel fuiste, pues desde su Encarnación hasta el sepulcro, no dejaste de asistirle un solo día y continúas su más fiel compañera en el Sagrario, ¿no podría decirse que también Jesucristo se desposó contigo?

Pues bien, vamos a ver nuestras obligaciones; más para contigo, que jamás admitiré yo otros amores que mi Jesús, María y tú en tercer lugar. Después, sólo cuanto Jesús, María y tú inspiréis en mi alma...

He de procurar honrarte, máxime en este siglo que con tanto desdén te miran los mortales y son tan contadas aún las almas buenas que te conocen bien...

Con el auxilio de la gracia divina procuraré serte fecunda en frutos santos de nuestra casta unión; frutos que presentaremos a Cristo con amor ardiente.

He de estimarte como a mi más preciosa margarita, por quien tengo el tesoro más divino, a mi dulce Jesús y he de llevarte guardada y custodiada en las fibras más delicadas de mi corazón.

No aspiraré a otro honor ni a otro placer; ¡que en ti, segura estoy!, ¡lo hallaré todo! Que guardas las dulzuras de los santos, y encuentro en ti al mismo Dios de las dulzuras...

Tú, de Dios y de los santos tan honrada, ¡cómo sabes honrar al alma que te es fiel! ¡Le alcanzas el mayor de los honores, la santidad!

¿Tus obligaciones para conmigo? ¡Tú, tienes que celarme siempre y venir a mi encuentro en toda ocasión, para que en ti, sólo viva bajo la mirada de mi Dios!

Tendrás que prodigarme siempre pureza en mis intenciones, sinceridad y fervor en mis acciones; humildad y heroísmo en las tentaciones.

Tienes que ser mi brújula, y como aquella columna luminosa del pueblo de Israel..., tienes que aislarme de las criaturas y hasta de mí misma; que mi alma, más que a mi cuerpo, esté unida a Dios; y has de perseverar por siempre hasta mi último aliento en tu deber.

¡Gran fiesta el día de nuestra perpetua unión! ¿Hora?, después de comulgar: invitaremos a todo el Cielo. ¿Padrinos? San Juan Bautista y Santa María Magdalena, que tanto te honraron. De honor, nuestros Seráficos Padres, y presidirán Jesús y María. Quienes con el Apóstol San Pedro, bendecirán nuestra unión.

FÓRMULA: Yo, pecadora miserable, anhelando ser fiel a mi Señor Jesucristo y a mi Madre del Cielo María Inmaculada, deseo desposarme en lazo indisoluble y perpetuo, con la santa y más rigurosa soledad, para que por mi más íntima unión con ella, aislada para siempre de las criaturas y de mí misma, sea fiel a Jesús y a María hasta mi último aliento, quedando oculta para siempre, a trueque de que Jesús y María sean más honrados y glorificados, y les ame más que nadie mi pobre y pequeño corazón. Así sea.

Tu hermanita,

Sor Z

Mayo 1959

En la soledad de San Francisco

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Después de todas, enhorabuenas..., yo te la doy muy de corazón, con la expresión de mi deseo ardiente de que esta unión con tu amada soledad, sea perpetua hasta el último aliento de tu vida, y dé los más santos y eternos frutos. Que llegues a ser en ella y por su ayuda, tan santa y más aún que nuestros Seráficos Padres, sus enamorados...

Me gustaría estudiases algunos puntos de la vida de nuestro Seráfico Padre en sus relaciones con la soledad, para que te estimulases en su imitación. Hoy vamos a fijarnos en este su primer interesante caso:

Portadora la soledad de los grandes designios del Señor, le presta dulce acogida al llevarle Dios a ella por la enfermedad, cuando brillaba como campeón glorioso en los festivales de la juventud de Asís; y con unción tan divina supo hablarle al corazón en aquel primer paseo que diera en su convalecencia por las afueras de la población, que a su alma, grande, sensible, delicada, le pareció muy absurdo dejarse, como hasta entonces, seducir por el bullicio... Quedó desde aquella fecha Francisco enamorado de la soledad; y una vez restablecido, visitábala todos los días con sentida afición. Retirado con tan dulce hermana, tenía con el Señor los coloquios más tiernos... Dios, no se deja vencer en generosidad: premió a Francisco con el don de oración y le dispuso por este medio para escuchar la voz suplicante de Jesucristo, que le manifestaba el gran designio para el cual le escogía. En una de estas ocasiones en que se hallaba en soledad, entregado a la oración, postrado ante el Crucifijo de San Damián, así le habla el divino Crucificado: «Ve, Francis-

co, y repara mi casa, que se viene a tierra»..., y desde este momento, quedó constituido Francisco restaurador de la Iglesia que un día el mismo Jesucristo edificó sobre Pedro. ¡Postrémonos también nosotras, Conchita, y elevemos la más sentida Laude al Señor que, en la soledad de Francisco, obró tal maravilla de amor! «Loado seas mi Señor, por nuestra hermana la santa soledad, en la que fue hecha Madre del Mesías, de tu Hijo Divino, la Virgen más pura, y en la que preparaste y elegiste a Francisco para una nueva restauración del mundo, redimido con la Sangre preciosa de Jesús, pero de nuevo en amenazada ruina por los pecados de la humanidad...

Y..., ¡escucha, Conchita! En estos momentos en que tú estás también en soledad, deja que la voz dirigida a Francisco, haga eco y resonancia en tu alma..., ¡y al ingresar tú en la Seráfica Orden, abraza esta obligación! «**La misión del Padre, deben continuarla sus hijos**»... Esta súplica de Cristo a Francisco, en él, llega hoy hasta ti...

La humanidad, el mundo entero se bambolea..., todos nos dicen el peligro, el mal estado del mundo de hoy..., tú tienes reciente el recuerdo de la libertad a rienda suelta, cuyas tristes consecuencias has presenciado en muchas ocasiones... ¡En fin!, la casa de Dios, la Iglesia, las almas... Tú debes resolvete a prestar decididamente tu ayuda, reparando, sosteniendo..., ¡que no sólo para ti vas a ingresar en la segunda Orden Seráfica! Desde ahí, desde tu soledad, debes lanzarte a la conquista del mundo para Cristo, por el apostolado más eficaz, el de la oración, acompañada del sacrificio, respondiendo así a la demanda de Cristo a Francisco, y por Francisco a nosotros, a ti, a mí...

¡Hasta pronto si Dios quiere!

Tu hermanita,

Sor Z

Mayo y Junio 1959

La soledad interior

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Sigamos nuestra conversación sobre las relaciones entre nuestro Seráfico Padre San Francisco y la soledad. Hoy, nos vamos a ocupar en una de sus salientes notas de amor a la soledad interior.

¡Conchita! ¡Como nuestro Padre! Por la soledad exterior, a la interior; y cuando la exterior, forzosamente haya de faltarnos, ingeniémonos como él, hasta situarnos en la soledad interior. Qué amor a ésta se destaca en aquella noche que Francisco y Bernardo pasaron juntos en la misma habitación.

Nuestro Padre San Francisco, siempre atento y delicado, acepta la invitación que Bernardo, antiguo amigo suyo le hiciera, de cenar con él en su casa y dormir en su misma habitación; mas añorando Francisco a su soledad amada, ingenia el modo de que su compañero, frustrada su curiosidad, y prescindiendo de su persona, se entregue al sueño. Al efecto, fínjese dormido, y para desengañar a su amigo, comienza a roncar; pero Bernardo, comprendiendo, como dándose por vencido, se acuesta despacio; y pasado un rato, imita a su huésped, superándole con sus pausados, profundos y sonoros ronquidos... ¡Ahora es Francisco quien se engaña!, y, piensa en su interior: “lo he conseguido... ¡Estoy en soledad!”, y acariciando a su amada, la adentra en su corazón..., se sitúa firme y seguro en su soledad interior, que inmediatamente pone su alma en comunicación con Dios... Todo lo de este mundo desaparece ante él; el fuego del amor divino le invade, y extático, desahoga sus ardores por toda la noche repitiendo esta frase: «¡Dios mío y todas mis cosas!» “¡Dios mío y

todas mis cosas!” ..., mientras los ángeles de la soledad, recogen sus ardientes lágrimas en cálices de oro..., y el reloj marca sus horas sin que Francisco lo advierta, hasta que el alba le despierta de su místico sueño, imprimiendo en su rostro un dulce beso el primer rayo de la naciente luz..., momento en que los dos santos amigos alaban al Señor, comenzando así el día de los grandes designios del Altísimo...

Fruto de la oración de Francisco en soledad, ¿cómo pensarlo él? la fundación de su primera Orden... Convencido Bernardo de la santidad de Francisco, a quien observó toda la noche, resolvió seguirle; y después de un diálogo muy íntimo al que se le unió otro antiguo amigo, Pedro Catáneo, dirigiéndose los tres al Templo, y celebrado con fervor el santo Sacrificio, Francisco abrió por tres veces al acaso el Misal buscando la voluntad de Dios sobre ellos, encontrando escrito:

Si quieres ser perfecto, ve, y vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y hallarás un tesoro en los Cielos.

2ª vez:

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame.

3ª vez:

Y mandóles que no llevasen consigo alguna cosa en el camino.

Dios mismo con estas palabras les mostró la santa Regla a la que habían de ajustar su vida...

¿Has comprendido, Conchita? Han nacido nuestras tres Órdenes de la soledad de Francisco... ¡Oh soledad, flor preciosa que tan sazonados frutos nos brindas!

Para recibir y vivir tan santa Regla, Dios había preparado en la soledad el corazón de Francisco, que desprendido de todo, indicaba tal disposición en la expresión de sus amorosos afectos aquella

noche a la que sucedió tan feliz y memorable día: «Dios mío y todas mis cosas, Dios mío y todas mis cosas», desprendimiento y amor, que le dispuso a la conquista del mundo para Cristo, por la práctica de la más absoluta pobreza, medicina saludable para la humanidad, máxime en aquella época de feudalismo latente.

Deduzcamos, pues, Conchita, el medio que nosotros hemos de emplear para continuar en tan elevados ideales, hasta conseguir que la humanidad, hoy también tan desviada, vuelva a Cristo.

Hasta otra, si Dios quiere, con un abrazo en Jesús y María de tu hermana

Sor Z

Agosto 1959

¿Quién es Dios?

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Ha llegado por fin la hora de situarte, cual Moisés en lo alto de la montaña, en lugar inaccesible a todo cuanto pueda impedirte vivir en soledad con Dios. Una nube ocultaba a Moisés de la vista del pueblo: esa nube, debe ser para ti, tu enérgica voluntad de abstraerte de todo cuanto no es Dios. Podrán verte las hermanas, pero tú no verás nada, si no es a Dios, si así te propones, correspondiendo a su gracia, que no te faltará.

¡Estás pues, en completa soledad!, si no siempre exterior, sí en la interior siempre, donde a Dios siempre se encuentra... ¡estás pues, con Dios!, mejor dicho, por la soledad, estás en disposición de penetrar, de comprender, y saborear esta verdad: *En Dios vivimos, nos movemos y existimos*, verdad que nos declara tan sencillamente San Pablo y que todos vivimos, pero que tantas almas incurrimos en el absurdo de vivirla tan débilmente... ¡Oh mi Conchita!, ¡si supiéramos todos vivir bien esta verdad, la tierra sería un Cielo!; un Cielo de amor, y todos seríamos santos, porque el amor nos santificaría... ¡Procura ocuparte en asimilar esta verdad tanto, tanto, que ella te penetre toda!, tómala por tu norma y medio seguro de tu santificación. Es norma tan divina, como que el mismo Dios directamente la dio a Abraham para ser perfecto: *Anda en mi presencia, le dice, y serás perfecto...* ¡Y que lo fue! Nos dio la prueba más perfecta y rotunda de perfección levantando su brazo para el sacrificio... ¡según lo ordenado por Dios! ¡Oh perfecta obediencia, prueba segura de santidad! Y a tal grado de santidad llegaría con esta norma divina que Dios mismo se gloria en él: se gloria de llamarse: «el Dios de Abraham»...

No podrás tú penetrar a Dios pero deja que Dios te penetre a ti. ¡Siente y vive su presencia adorable con la mayor dignidad, el

más encendido amor, y la más generosa fidelidad en la práctica de todas las virtudes! Penéstrate en la soledad, de que vives en Dios, a solas con Dios... Trata de conocerle y amarle lo más posible, ayudada de su gracia divina.

¿Quién es Dios?... ¡Oh mi Conchita, si yo supiera comprender y decirte quién es Dios!, mas... ¡qué pobrecita soy, y qué pobrecitas somos todas, qué limitadas ante el infinito! ¿Quién podrá definir al Incomprensible?, nadie, sino Él mismo... Y Él mismo lo ha hecho, diciendo a Moisés: «*Yo soy el que soy*», dirás a los hijos de Israel: «*El que es, me ha enviado a vosotros*». No podemos comprender debidamente esta definición, pero sí debemos empapar nuestra alma de esta verdad, reflexionando:

Dios es, «el que es»..., el único ser que es y existe por Sí mismo; es la Vida, que da vida a todo cuanto existe. Dios es la Vida, Vida divina, infinita, eterna, como divina, infinita y eternamente fecunda. Una y simple, en Trinidad de Personas. Vida eterna, que engendra eterna y actualmente la Vida eterna... Por el conocimiento eterno de Sí, engendra eternamente el Padre al Hijo, consubstancial con el Padre: ¡Es el Verbo de Dios! Encarnado, tan verdadero Hombre como verdadero Dios, que se definió también a Sí mismo, diciendo al pueblo: *Yo soy el Pan vivo, bajado del Cielo. Yo soy la luz del mundo, Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.*

Se aman eternamente el Padre y el Hijo, y este amor recíproco es el Espíritu Santo, tercera Persona, tan eterna como el Padre y el Hijo y un solo Dios con el Padre y el Hijo. Quien, por San Juan se definió también diciendo: *Dios es Amor*, ¡Dios, Trino y Uno! Dios Vida, Dios Verdad, ¡Dios Amor! Definición divina tan hondamente sentida por nuestros Seráficos Padres, que les convirtió en serafines vivientes en la tierra y les alcanzó el trono más elevado entre los serafines del Cielo.

Otro día si Dios quiere, continuaremos.

Te abraza tu hermana

Sor Z

Septiembre 1959

Creación de un Dios Amor

Mi Conchita querida: Paz y Bien

Vamos a seguir conversando hoy, con la asistencia divina, sobre las divinas definiciones de Dios que Él nos ha dado de Sí mismo, único ser que puede definirse debidamente.

Con esa humildad que nos da la verdad del Apóstol: *Nadie puede decir Señor Jesús sin la asistencia del Espíritu Santo*, verdad que afirma nuestro Seráfico Padre en su inspirado cántico: “Ningún hombre es digno de pronunciar tu nombre”, sintiéndonos, Conchita, pobrecitos cuales somos, fortalecidos con esa asistencia divina que imploramos, reflexionemos más y más sobre este hermosísimo asunto teológico tan escogido por nuestros seráficos Padres para su vida sobrenatural.

Dios, Vida y causa esencial de cuanto tiene vida y existencia. Dios existe por Sí mismo. Él es la Vida, y esta Vida es Amor, o es Dios Amor o no sería Dios. Es pues amor la vida, y no puede haber vida sin amor. Dios es Amor, para Sí, como Bien Sumo; para las criaturas, como destellos de este Bien que ama en ellas como obras del Amor, creación de un Dios Amor. Todo lo ha creado, en Dios vive y existe; vida y existencia que le ha dado la misma Vida, único Autor esencial de la vida, Dios que es la Vida, Dios que es el Amor; y todo lo creado manifiesta su Vida, como su Amor. Amor, que por lo creado, obra de su amor, expresa sus atributos e infinitas perfecciones, su gloria infinita que el Amor comprende. Amor, que como es Vida, es Verdad por esencia. Verdad que es el Verbo divino que es Dios, Quien como el Apóstol nos dice: *El Verbo estaba en el principio en Dios, y el Verbo era Dios, por Quien todas las cosas fueron hechas*, todas las obras de amor: las obras que tienen vida y las obras que existen en la Vida, por el Amor, para auxiliares de la vida en los seres vivientes, por los que, aquellos que no tienen vida asciendan hasta la vida, llegando por el hombre, ser viviente y racional, Rey de la Creación, a ascender hasta Dios, ya que la

vida natural sirve a la sobrenatural y por la sobrenatural, el hombre, místicamente se une a Dios por Jesucristo, que es la Verdad y la Vida, nuestro Redentor y Mediador, Gloria del Padre, por Quien todo lo creado da al Padre la gloria y el amor que le debe, ya que por el Amor, fue creado todo para gloria y amor del Supremo Artífice.

Y como las criaturas cantan la gloria de Dios y reflejan sus infinitas perfecciones, sintiéndonos hermanas de todo lo creado, con aquella fraternidad tan sentida por nuestro Seráfico Padre San Francisco, vamos a fijarnos en ellas desde nuestro observatorio, exclamando con David, elevada nuestra vista al mundo sideral: *Coeli enarrant gloriam Dei, et operam manuum ejus anuntiat firmamentum. Los cielos declaran, cantan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos...*

Aunque no tenemos, como nos gustaría tener, la ciencia de los mejores astrónomos, crucemos con el velo de nuestra imaginación los inmensos espacios poblados por multitudes y multitudes de astros que forman los mundos solares, los mundos siderales, en los que se mueven con velocidad inconcebible y en orden tan maravilloso un sin número de soles con sus respectivos sistemas, e incontables estrellas en combinados grupos o constelaciones guardando tan inviolablemente las leyes que el Señor les fijara en su primer momento de existencia... y con la exclamación del mismo rey David: *Magna opera Domini*, cantemos su grandeza, su Omnipotencia, su Sabiduría, abismándonos por la contemplación de sus atributos divinos, en el adorado Ser en Quien se encuentran tan personificados, que podemos llamarle Dios Omnipotencia Infinita, Dios Sabiduría increada, Dios Bondad inmensa.

Glorifiquémosle cantándole en repetidos actos de amor con nuestro seráfico Padre San Francisco la estrofa de su Cántico admirable: “¡Altísimo, Omnipotente y Buen Señor! ¡Tuyas las alabanzas son, la gloria y el honor y toda bendición!...”

¡Adiós, Conchita, volveremos a encontrarnos en los espacios si Dios quiere!

Tu hermana,

Sor Z

Noviembre 1959

Vivimos en el planeta Tierra

Mi Conchita querida: Paz y Bien

¿Cómo estamos por estos inmensos espacios en que últimamente quedamos contemplando al divino Hacedor? Yo me figuro, Conchita, que estarás anonadada ante tanta grandeza creada, que brotó con un «hágase», de su querer y poder, repitiendo con aquel que gustaba llamarse «pequeñuelo»: “¡Altísimo, Omnipotente y Buen Señor, tuyas las alabanzas son, la gloria y el honor, y toda bendición! A ti sólo, Señor, te corresponden..., ningún hombre es digno de pronunciar tu Nombre...”

En verdad, mi Conchita, ¡qué pequeños somos, qué pequeñas somos tú y yo ante tanta inmensidad! Más pequeñas que el menor de esos seres microscópicos que se hallan en una gotita de agua del océano, comparado con el mar.

¡Conchita, persevera en tu atención!, mira al mundo sideral, mira a Dios, mírate a ti..., satura tu alma, cada una de tus potencias, de la verdad de tu pequeñez real. Pide a Dios, mediante este ejercicio de reflexión que tú haces, Él te conceda esta gracia del sentido de tu pequeñez, un sentido profundo, tan profundo, que jamás te permitirá engreírte creyéndote algo... Si no es lo que es de Dios en nosotros, de lo que en otra ocasión hablaremos, ¡qué poco somos nosotros!... pensémoslo siempre.

Pero bien situadas en nuestro anonadamiento, contemplemos..., contemplemos a nuestro Dios tan inmensamente grande, poderoso y bueno, cuyas magníficas obras son de amor, para el Amor; y haciendo objeto de su amor al hombre todo lo ha donado al hombre, para que todo le sirva de escabel, todo le ayude a engrandecerse sobre todo, y elevarse sobre todo lo

alto y elevado llegando hasta Él, de suerte que Dios mismo sea en él...

Vivimos, mi Conchita, no imaginaria, sino realmente en ese inmenso espacio, en nuestro círculo, en el mundo planetario, en el planeta Tierra, que tiene sus dos movimientos, «ley de Dios» que jamás ha interrumpido ni quebrantado desde el primer momento de su existencia: uno de rotación sobre su eje, y otro de traslación alrededor del Sol, lección que nos da la Tierra a sus habitantes: así hemos de movernos también nosotros; en torno a nosotros, a lo que somos, a nuestra pequeñez, impotencia y miseria, y alrededor del Sol, de nuestro Sol Eucarístico, de Jesucristo, de Dios, del que recibimos la vida, como la tierra la recibe de su sol material, para devolverle como la tierra buena y abonada devuelve al sol preciosas flores y sazonados frutos...

Por los astrónomos sabemos que la velocidad del movimiento de los planetas, es tanto mayor, cuanto más cercanos están del sol, y menor, cuanto más alejados. ¡Otra lección para nosotras! Lo que en los planetas llamamos velocidad, debe ser en nosotras intensidad. Cuanto más cerca de nuestro Sol, de nuestro Jesús vivamos, más intensos y avanzados serán nuestros actos o movimientos de amor, más verdaderos, efectivos y fructíferos. ¡Si estamos lejos de Jesús, qué poco nos moveremos, cuán poco amaremos!

Nuestro Planeta no es ni de los más cercanos, ni de los más alejados del sol; con todo su velocidad de recorrido en su órbita, nos dicen que es de unos mil setecientos cuarenta kilómetros por minuto, sin fallar un segundo en los veintinueve que le corresponden aproximadamente, desde el primer segundo después de su creación, en el que le fue asignada esta ley de movimiento por el Hacedor Supremo. ¡Qué admiración, mi Conchita, y qué confusión ante nuestros fallos!..., tan multiplicados... El amor, el fuego, siempre está en actividad. Si nosotros amásemos de veras, así sería el fuego de nuestro amor. En prenda de amor en

completa actividad sin perdonarnos un momento en el deber. Tengamos en cuenta esto siempre tomándolo muy en serio, para que ni las impresiones, ni la imaginación, ni los acontecimientos nos gobiernen, sino el amor, el verdadero amor afectivo, y efectivo. Procuremos superar a nuestro Planeta, que con tan fantásticos vuelos avanza cada día en su carrera y, así como juntamente con él nosotros avanzamos en el espacio, avancemos también como él en nuestra órbita espiritual: con esa suavidad de movimiento que no le impide su vertiginosidad; con ese disimulo que impide el que, ni nosotras que en él viajamos, nos demos cuenta de tal avance..., suavemente, disimuladamente, constantemente y con perseverancia hasta el último latido de nuestro corazón. Y por todos estos espacios que cada día recorreremos, suene y resuene nuestro cántico del más encendido amor al Señor de lo creado que desde su alto Solio nos mira y lo recibe complacido, llenándonos en cambio de luz y alegría.

¡Adiós Conchita!

Tu hermanita,

Sor Z

Febrero 1960

La Luna habla

Mi Conchita querida: Paz y Bien

¿Estás animada, hermana mía, para seguir viajando? ¡Qué bien se viaja en estas veloces y encantadoras alas del amor! ¿verdad?... sin gastos ni incomodidades, sin mareos, sin peligros, y qué viajes tan amenos, tan instructivos, tan atesoradores..., este es nuestro turismo prodigioso, que nos permite recorrer millones y millones de kilómetros en un momento sin salir de nuestra amada clausura..., y mereciendo grados gloriosos para la eternidad que brillarán más que las mismas estrellas del firmamento que con tanto asombro visitamos, pero sobre todo, nos permite llenar el fin de la creación con nuestros cánticos de alabanzas por toda ella al Artífice Supremo de obras tan maravillosas...

Te veo muy entusiasmada y vamos a continuar nuestro viaje, más que de turismo, de peregrinación y, como peregrinas, cantando..., el poder del Señor, la grandeza, la ciencia del Altísimo, la sabiduría increada, la misericordia de Dios, eterna, infinita, la generosidad de su amor que todo lo pone a nuestra disposición, como nos dice el Apóstol: *Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios*. Todo es nuestro, para que por Jesucristo lo elevemos al Padre para su gloria y nuestra felicidad temporal y eterna, en esta gloria que le es debida.

Sigamos con nuestro Padre San Francisco, cantando en nuestra excursión por los astros: “loado seas mi Señor por la hermana luna y las estrellas, en el cielo las formaste, claras, preciosas y bellas...” La hermanita luna, la hermanita pequeña de la tierra, tan hermosa y ayudadora, que tanta influencia ejerce en todo cuanto en ella vive, tan consoladora, tan inspiradora para las almas, con sus

nuevos encantos en cada fase, en su majestuoso cruzar el firmamento, cuán fiel compañera de las almas orantes..., ¡cuán maravillosos secretos podría descubrirnos si supiera contarnos los sentimientos que los santos, el Santo de los Santos, Jesucristo, y tantas almas grandes han expresado y siguen expresando al suave reflejo de su cándida luz, en las silenciosas noches que ella, cual reina majestuosa del silencio y de la quietud preside!

Pero sí, mi Conchita, la luna habla..., y la voz de la luna es un eco de la voz de Dios, que contesta por ella al corazón que añora lo sublime, al alma que sueña en bellos ideales..., ¿no lo has experimentado muchas veces?... Qué agradecidas debemos ser a nuestra hermana la hermosa luna que, si para la tierra es hermanita pequeña, para nuestra alma ha sido hermana mayor iniciándonos las santas y seguras aspiraciones de nuestro corazón, desengañándonos de la vanidad de todo lo que no es amor verdadero y santo a Dios y al prójimo, infundiéndonos profundos sentimientos de generoso desprendimiento, enamorándonos de los encantos de la pureza más pura su blancura argentada..., ella..., la que ha merecido que el Espíritu Santo la represente imprimiendo su beso casto y humilde en los divinos pies de la que es más pura que la luz... «Hermosa como la luna» según su misma expresión, María Inmaculada... Sí, la voz de la luna, es eco de Dios, que nos cuenta los sentires de Cristo ya en aquel portalito en donde sus claros rayos penetraban para consolarle en sus tiernos vagidos..., en aquella su fuga nocturna, donde le sirve de antorcha acogedora ante la persecución de Herodes... ¡Qué santos idilios no escucharía en el Egipto para la Sagrada Familia, tan extraño en aquellas horas que mirando al Cielo pasarían en oración Jesús, María y José!... Y al volver de Nazaret, y en su desierto solitario, como en las noches que pasaría orando durante su evangelización y vida pública, su consoladora con el Ángel cuando agonizaba en el Huerto... ¡Qué dulce compañía le prodigaba prestándole sus rayos acogedores al inclinar su frente divina!

¡Pues bien Conchita!, es digna nuestra luna de prestarle las más sentidas alabanzas para Aquel a Quien tan fiel sirve que tan

digno es de ellas, y que por este nuestro satélite así nos beneficia, nos habla, nos eleva... Prestémonos y alabemos por ella al Señor.

La luna, imagen de María, trasmitiéndonos la luz que recibe del sol, como María es la transmisora de las gracias de Dios, quien todas las gracias nos las da por María. La luna pues, nos recuerda a María, y esto hemos de agradecerse también honrando por ella a María, alabando a María y reflejando a María como el pacífico lago refleja a la luna en sus aguas serenas.

¡Adiós Conchita! Que la luna, con ser tan pequeña nos ha cautivado... Habla mucho con Dios por la luna, y no te olvides que la voz de la luna es eco de la voz de Dios.

Tu hermanita

Sor Z

Junio 1960

Como las estrellas

Mi Conchita querida: Paz y Bien

¡Qué hermosas las silenciosas horas de la noche serena!..., qué cielo tan precioso el firmamento tachonado de estrellas que cantan la gloria de Dios, y nos invitan a cantar con ellas... «Loado seas mi Señor por las hermosas estrellas..., en el cielo las formaste claras, preciosas y bellas...» ¡Sí, Conchita!, con el seráfico ardor de Francisco repitamos nuestra «Laude»...

Y vamos a salvar en raudo vuelo en alas del amor, las inconmensurables distancias entre los astros, para visitarlas y, admirando al Señor en sus obras, poner en todas ellas el fuego de nuestro corazón que puede superar a las mismas lumbreras del firmamento; y llenando los etéreos espacios, formar una incomparable hoguera, hoguera de amor, en correspondencia al que, con infinito amor, tales hogueras ha creado..., para nosotros Conchita, para ti, para mí..., para que tú y yo las utilicemos para su gloria y nuestra felicidad, que sólo en su amor y gloria se encuentran.

Contemplemos en un golpe de vista la grandeza y hermosura que nos presenta el firmamento..., luego, miremos nuestro corazón tan pequeño, tan pequeño y más grande que todas esas grandezas, pues uno solo de sus latidos de santo amor, vale incomparablemente por todas las maravillas que esos mundos maravillosos encierran... Cuán poderoso es nuestro Señor, que tan pequeños y tan grandes nos ha creado...

Y vamos a continuar nuestra peregrinación presentándonos en un momento en la estrella más brillante de la constelación de Centauro, la más próxima a la tierra. Para que nos demos cuenta de las distancias que salvamos, vamos a recordar aquellas conversa-

ciones que con tanta amabilidad y unción solía hacernos papá en las noches de verano, mirando al cielo..., ¿las recuerdas tú?

Nos decía, que siendo tan enormes las distancias entre los astros, y entre estos y la tierra, fuera de nuestro sistema solar, no sería posible expresarlas por kilómetros, y se calcula por la velocidad de la luz que recorre trescientos mil kilómetros por segundo. Pues bien: si el amor no superase a la velocidad de la luz, tardaríamos a llegar a esa estrellita, a tal carrera, cuatro años y un tercio. Ocho tardaríamos en visitar a la estrellita más brillante del cielo, llamada Sirio. Cuarenta a la Arturo, y ya no podríamos visitar a más, porque habría terminado nuestra vida. ¿Quién viviría los doscientos cincuenta años de luz que tardaríamos en llegar a la estrella Polar y a otras de más de cien y más de mil años de distancia en velocidad de luz? Si hubiéramos vivido desde que Adán fue formado por Dios de aquel poquitín de barro del Paraíso, y desde aquel momento hubiéramos caminado a la velocidad de la luz, nos faltaría mucho para llegar a la Vía Láctea a ese Camino de Santiago como nos decían de niñas, que se encuentra de nosotras a distancia de cuarenta mil años de luz..., y ¡fíjate!, para llegar a ese rombitito que vemos, la Andrómeda, que se encuentra a ochocientos mil años..., y cuántos y cuántos grupos más arriba..., cuántos tan elevados cuya luz no se divisa en el firmamento..., ¡qué misterios de grandeza en los espacios, qué mayores misterios de grandeza en nuestro corazón, que con su amor, salva en un momento esas distancias inconmensurables, recorre cada una de la innumerables e inmensas hogueras etéreas, y canta y ama en ellas al Supremo Hacedor!...

Cantemos con los sacerdotes continuamente nuestro Prefacio... «Verdaderamente es digno y justo, equitativo y saludable, os demos gracias en todo tiempo y lugar, Señor Santo, Padre Todopoderoso, Dios Eterno»...

Esposas sacerdotales, cantemos con los sacerdotes, con nuestro Esposo Sacerdote Eterno nuestro Santo, Santo, Santo, impulsadas por la más profunda gratitud ante las grandezas que Dios, para

nosotras ha creado, y ante la grandeza a que ha elevado nuestra pequeñez... Una sola alma unida a Jesucristo puede suplir a toda la creación en su alabanza de gloria al Supremo Artífice, ¡lo que puede un alma por la gracia de Dios, lo que podemos!...

Pero siendo tan grandes, somos tan pequeños..., y de todo debemos aprender, todo nos estimula, nos desafía..., y, cuántas veces en nuestros deberes, nos quedamos en un plano muy inferior al de los seres que no pueden ni conocer ni sentir..., fíjate, hermana mía, en la disciplina que guardan los astros..., ni uno solo sale de su órbita por siglos y siglos..., y mediante esas dos fuerzas que Dios dio a cada uno, de atracción y repulsión, se mantiene esa armonía que da un conjunto tan bello de sublimidad tan admirable..., ¿no es una lección para la disciplina de nuestro ser y para la de una Comunidad? Nosotras debemos ser así, como las estrellitas, fieles, muy fieles a nuestra disciplina, siempre en nuestra órbita de obediencia, unidas por la fuerza centrípeta de la caridad, y centrífuga del santo respeto, veneración y desprendimiento, ofreciendo a los ángeles y a los hombres el conjunto mil veces más bello que el que admiramos en el firmamento, donde tanto resplandece la sabiduría divina, que todo lo rige, gobierna y dispone con número, peso y medida perfectísimos.

Ánimo, hermanita querida, y en los espacios etéreos te dejo para aprender cuanto el Espíritu Santo se digne enseñarte. Hasta otra, si Dios quiere.

Tu hermanita,

Sor Z

Julio 1960

Nuestro hermano el aire

Mi Conchita querida: Paz y Bien.

«Loado seas mi Señor por el hermano viento, y por el aire nublado y sereno, y todo tiempo, por el cual a tus criaturas das sustento»...

Vamos a dedicar, querida hermana, un ratito de intimidad, ocupándonos de este hermano tan benéfico, tan constante, tan universal, que Dios nos ha dado para factor principal de nuestra vida. Fáltele a una persona, a un animalito, a una flor, a una planta el aire, y deja de existir a la vida...

Nuestro hermano el aire nos acoge desde el primer momento de nuestra existencia, y nos ayuda hasta el último de nuestra vida..., y nosotros no reparamos en este beneficio de nuestro hermano, criatura de Dios, que Él crió con infinito amor para nuestro bien. Por él respiramos, principal y la más necesaria función de nuestro organismo, figura de esta otra respiración del alma cuyo Factor es el Espíritu Santo con su gracia santificante. Fáltele a un alma este divino Factor y el alma existe, pero cadáver putrefacto... El aire, con su saludable oxígeno, nos purifica. El aire sano conserva sano nuestro cuerpo, sano templo del alma sana donde Dios Trino mora... Con qué cariño ha hecho Dios para nuestro refrigerio la suave brisa que desde el mar nos trae sus caricias, y ese austro fertilizador que llena los jardines de hermosura, que sazona los frutos y madura la espiga que crece en el trigal mirando al cielo, soñando en llegar a ser un día de Dios Sacramentado blanco velo...

Como el aire sutil, así penetra el Espíritu Santo en el alma con la sutileza de su inspiración y con la bravura del viento huracanado, descendió en fuego de amor sobre el Colegio Apostólico en el gran día de Pentecostés.

Para su cariño, para su providencia, como para su ira, se sirve Dios del aire; la tromba, los ciclones... , ¡con qué potencia cantan la grandeza de Dios y pequeñez del hombre!

¡Sin palabra, qué lúgubre sería nuestra vida!, pero gracias al aire nos escuchamos todos; ¡mira si le debemos a este hermano! Él nos brinda las dulces armonías que tanto nos elevan, y nos proporciona consuelos inefables, semejantes a los que nuestra Madre Santa Clara sintiera ante el coro de nuestros Padres Franciscanos en la Noche de Navidad. Lo que entonces hizo Dios por milagro, ahora nos lo prodiga por la inteligencia del hombre, a cuyo esfuerzo Él derrama su luz, y nos descubre para nuestro provecho tesoros escondidos. Hermana querida, vivamos el espíritu franciscano sirviéndonos de los avances de la ciencia humana, para elevarnos hasta Dios con locuras de amor.

Es muy cierto, como tú dices, que la radio que os han regalado es un beneficio que enardece el alma: la voz del Padre santo, la Misa, estando enfermas, los sermones y la música sagrada... , ¡aprovechate! Respirando el aire puro, vive y respira también en la atmósfera sobrenatural: fe viva, esperanza ardiente, **¡oración!**, ¡vida de oración!, ¡y qué frutos encontrará el Amado en el jardín de tu alma!

Yo te animo y te acompaño en el canto de tus Laudes al Señor por el hermano viento, y por el aire y nublado y todo tiempo. ¡Que tus sentimientos de gratitud por tal hermanito, crezcan cada día!

¡Hasta otra, si Dios quiere!

Tu hermanita,

Sor Z

Agosto - septiembre 1960

Nuestra hermana agua

Mi Conchita querida: Paz y Bien

¡Cantemos al Amor!... «Loado seas mi Señor por la hermana agua, la cual es muy útil y humilde, hermosa y casta»...

Como todas nuestras palabras, pensemos éstas, para que salga de nuestros labios armoniosa resonancia en himnos de gloria y alabanza sin fin, a nuestro Padre Celestial.

Nuestra hermana agua, ¡cuánta gratitud merece, pues tanto amor nos demuestra! ¡Los beneficios del agua, las enseñanzas del agua, quién pudiera contarlos; con la mejor poesía y la dulce melodía de un serafín! Para nosotros ha hecho Dios esta criatura tan importante desde el principio y de la que salió la madre tierra: *El Espíritu Santo movía las aguas...*, y es la destinada para la vida y fecundidad de nuestro globo. Supongamos una región en donde no hubiese manantial alguno, ni lluvia, ni rocío, ni vapor en el aire, ¿y qué sería?, desierto intransitable... Como del aire para respirar, necesitamos del agua para vivir; y hemos de alabar a Dios por esta hermana tan buena, que tanto nos ayuda a ser de Él.

¡Es en verdad humilde y muy humilde el agua! Para surgir en claro manantial que luego forma el río, ha cruzado la tierra ocultamente y en silencio profundo, donde aprendió a cantar, y alegre y cantarina, busca siempre el nivel más bajo y escondido..., mira cómo se precipita en las cascadas y forma su corriente en el barranco..., mira en el pozo su sosiego y calma..., mira cómo desciende a la raíz cuando al rosal se aplica o a la planta o al árbol, para que un día, y sin pensar en ella, la flor embalsamada o el sazonado fruto, recree al hombre y le alimente y nutra..., ¡qué enseñanzas tan sabias y calladas por su conducta fiel! Hermanita querida, aprendamos del agua...

Ella es casta y pura, transparente cual debe ser el alma..., su virtud purificante no es sólo material: Dios se sirve de ella para mate-

ria del Santo Sacramento del Bautismo por el cual desaparece la mancha original.

¡Qué belleza en el alma, qué hermosura una vez que en el Nombre de Dios Trino recibe el agua pura!... Por ella nos perdona el Señor, si nos arrepentimos, el pecado venial. Me gustaría reflexionases un poco la lectura del Sábado Santo «Bendición de la Pila Bautismal»; queda el alma admirada y conmovida ante las prerrogativas de salud que ha dado Dios al agua...

Pidamos al Espíritu Santo la debida veneración a esta hermana tan buena que al Señor glorifica con tal fidelidad... Mírala cómo obedece no traspasando el límite del mar sus encrespadas olas..., guardadora de tantas hermosuras como en el mar existen..., ella permite al hombre, rey de la creación, bajar al fondo y destinarlas para su provecho. Mira con qué caricia desciende de los cielos, transformada en perlitas de rocío que recibe la flor con alegría, y en benéfica lluvia que madura el racimo, objeto del dorado sueño del Sacerdote Eterno... Es celadora del honor divino; mírala en el diluvio como azote del pecado del hombre, mírala en las tormentas, pedregada imponente que arrasa las cosechas..., que inunda destruyendo los pueblos y las quintas más lozanas.

Bendice, sí Conchita, bendigamos al Señor por nuestra hermana agua y estimulémonos:... ¿Has considerado alguna vez hasta dónde llega y cómo premia Dios su ductibilidad tan mansa y tan callada?... mírala en el altar, en la vinajerita que el monaguillo presenta al sacerdote..., todo un curso de amor entre Dios y ella... llegando ocultamente al manantial; de este al servicio de la casa y espera la gotita humilde y silenciosa..., por fin, Dios la elige y la mezcla con el vino y ella se pierde allí..., un momento más, y dirá el Sacerdote sobre el cáliz: «ESTA ES MI SANGRE»...

¡Hermanita del alma!, sin palabras..., ¡lleguemos hasta aquí!... ¿No eres tú esa gotita de agua escogida entre millares que rodando al impulso divino, vas a tener la dicha, por tu consagración, de transformarte en Cristo?... piensa, medita, agradece y **responde**.

¡Adiós Conchita!

Tu hermanita

Sor Z

Marzo 1961

Las enseñanzas del mar

Mi Conchita querida: Paz y Bien

Con santo afecto te acompañaré como deseas en tu consideración sobre las enseñanzas del mar. Hermanita mía, las enseñanzas del mar... ¿Qué es Dios sino Océano inmenso e infinito de amor y misericordia?...

Nosotras vivimos en ese Océano sin riberas, y más que el agua para la vida de los peces, es para nuestra alma esa Vida inmensa que nos envuelve, nos penetra y habita en nosotros. Tú y yo, puntitos imperceptibles de polvo, estamos en esa Vida divina, sumergidos en ese Océano de misericordia y amor, de ese infinito Amor, todo inclinado a nosotros miserables... Medita, hermana mía, reflexiona, péntrate bien de esa verdad. Tú, abismo de impotencia, tú, abismo de miseria, tú, abismo de maldad..., vive siempre abismada en el Mar sin riberas, Dios, insondable Abismo de bondad. No temas, piérdete en Él y en Él te encontrarás y, encontrándote en Dios, Él será tu espirar y hará en tu alma mayores maravillas, que las inexplicables e incontables que un día hizo en el mar... ¿Las hemos meditado, hemos reflexionado lo maravilloso de la vida oculta de los mares?... ¡Cómo nos enseña y nos invita el mar!, cómo nos estimula en esta vida oculta que nosotras, más que nadie, hemos de vivir a imitación de María y de nuestra Madre Santa Clara, «escondidas en Dios».

¡María!..., este otro mar inmenso y «casi» sin riberas..., que oculta su vida en Dios. Era su gozo ocultarse a sí misma y a toda criatura, ¡y Dios la complacía...! Qué oculta en su Inmaculada Concepción, en su nacimiento y vida y hasta en su gloriosa Asunción a los Cielos..., mira qué poquito hablan de ella los evangelistas..., parece respetar el Espíritu Santo sus humildes ansias..., de María, de quien tantos volúmenes podrían ser escritos sólo algunos

versículos se ocupan... Qué hermosuras en el alma de María, que ni los querubines las conocen, ¡en las que sólo Dios tendrá sus complacencias! Vivía en el mundo y «el mundo no la conocía»..., y los ángeles, extáticamente extrañados de tan superiores bellezas, se preguntan con asombro: ¿Quién es ésta?

Nuestra seráfica Madre, copia viva de María, vivió también oculta y escondida en el Corazón Eucarístico de Cristo, Océano de Amor. El mundo apenas la conoce y poco habla de ella. Así pues, debe ser nuestra vida: escondidas, perdidas en el Mar Infinito y dilatada nuestra pequeñez por el ejercicio de los inmensos, encendidos y santos deseos, ofrecer a Jesús un mar inmenso en nuestros corazones, lleno de espirituales hermosuras en las que se recree y glorifique.

Fijémonos, Conchita, en los peces del mar: ¡pobrecitos!, si saliesen del agua, morirían... Así nosotras. No pretendamos salir, ni por un momento, del Océano de amor. Dentro de él sea siempre nuestra vida, fieles como los peces a las leyes que Dios nos ha fijado.

Entre los peces, ¿a quiénes imitaremos especialmente? Yo creo que a esas conchas que forman sus preciosas perlitas... Allí en nuestro interior, sin que nadie lo note..., cada acto realizado con la mayor pureza de intención sólo, sólo por Dios, por amor del Amor, es una perla que los Cielos admiran y hace las delicias del Dios Trino..., y de la Virgen María, más bella que las perlas de los mares..., concha casi divina, en cuyo seno virginal se formó la perla de belleza infinita, el Autor de toda hermosura, la Belleza increada, Cristo Jesús...

Pues bien, querida hermana, nos hemos comprendido. Conchita, a imitación de María, cuyo nombre llevas, y a las que llevan en nombre de tu abreviatura, a ser «conchita que encierra perlas blancas, más blancas que los rayos de la luna, brillantes y encendidas cual los rayos del sol, perlitas de virtudes escondidas».

Así te quiere tu hermanita

Sor Z

Diciembre 1963

Ofreciéndolo todo con amor

Mi Conchita querida: Paz y Bien

«Loado seas mi Señor por quienes perdonan por tu amor y soportan enfermedad y tribulación. Bienaventurados los que las sufren en paz pues de Ti, Altísimo, coronados serán».

Hemos visto un poquito de Dios por sus obras ¿verdad Conchita? Magnífico redimiendo, pero aún más grande lo veo perdonando... Un Dios Hombre, penetrando y sintiendo infinitamente la malicia del hombre, perdonando al hombre que le hace morir en un madero infame, esto es incomprendible si no lo vemos, **locura de amor**: locura, o que hace el efecto de sobrepasarse al Inmenso y sin límites... Porque en todo manifiesta Dios lo que es; mas en su perdón al hombre miserable, manifiesta enajenamientos eternos de su amor infinito. Jesucristo conoce, sondea, pesa y saborea todo el acíbar que el hombre pone en sus ofensas y, siendo infinitamente justo, sólo castiga a quien no quiere arrepentirse; basta un “Señor peque” de un corazón contrito para que Él olvide innumerables como grandes pecados..., y le vemos en la parábola del hijo pródigo haciendo fiesta por el hijo que vuelve, hijo al que ha suspirado con ansiedades infinitas, como suspiró a la ovejita, «Buen Pastor» hasta encontrarla y sacarla de los espinos; como divino Enamorado, llamando al corazón olvidadizo sin temor a la escarcha..., ¿qué pecador no habrá sentido el toque de su tierna llamada?... Locuras de Encarnación, locura de Calvario, locuras de Eucaristía, ¡qué poco consideradas por nosotros en tan repetidos milagros de transubstanciación!... De aquí que cueste tanto a nuestra pequeñez el perdonar las ofensas que nos hace el hermano, o la hermanita nuestra, casi siempre inconsciente... espiritual herida cancerosa que destruye su célica hermosura, convirtiéndola en nido de horrorosos reptiles, cisterna nauseabunda... Un alma que no per-

dona, un alma, sin duda alguna, sentina de pecados porque **sólo** el que permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él; y si Dios no está en el alma, ¿quién la dominará?...

Ahora que estás en soledad, hermana mía, ¡por amor de Dios!, ¡por amor de tu alma!, prepara tu corazón de modo que, siempre, siempre y en todo caso perdone por Jesús y como Jesús en cuanto pueda sucederle en la vida. Destrona de ti para siempre el reyezuelo negro, el amor propio; él es quien grita por el alma herida: «razones tengo para no perdonar»... la cosa más absurda de un cristiano, ¿cuánto más en una Esposa de Cristo Crucificado a Quien tantos perdones debes?... Desprendimiento, desprendimiento, que es nobleza, y ansias inmensas de sufrir por nuestro Esposo divino, para manifestarle nuestro amor como Él nos lo manifestó a nosotras: difamado en la cruz, es nuestra única grandeza y el mejor modo de expresar la más sublime oración gramatical y mística «Yo te amo, Dios mío», lo dice de verdad el alma que perdona, el alma atribulada; la que por Dios y por sus hermanos en Cristo sabe sufrir paciente, dolores, privaciones, abandonos y afrentas, ofreciéndolo todo con amor, por su Amor que no es amado y por sus hermanos aunque fuesen sus perseguidores, sus ofensores..., esto es amor Conchita..., esto es grandeza, corazón dilatado de senos insondables..., conocidos tan sólo por el Inmenso Amor... Acuérdate de lo que canta David en su salmo IV: *En la tribulación, dilataste mi corazón, Dios mío, cuando yo en ella te invoqué.*

Fuera temores, hermanita mía, ante todo lo que signifique dolor, tribulación, afrentas, cruz... ¡Valor, paz, alegría!, sufrir por Jesús, como Jesús, con corazón ardiente, y con alma sedienta de más sufrir, cooperando así como nuestro Esposo, a la salvación de las almas. La esposa ha de ser cooperadora con su esposo en el bien. No nos quedemos rezagadas, ni nos lleven la palma otras esposas de menor esfera..., que, expirando en la Cruz, escucharemos de nuestro buen Jesús sus más dulces palabras: *Ven Esposa mía, ven del Líbano y serás coronada...*

¡Adiós Conchita! Te deja en estos pensamientos, tu hermanita,

Sor Z

Aprendamos del Sol

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Te veo muy penetrada de esta verdad: “somos peregrinas que viajamos en la tierra”..., ¡y a qué velocidad viajamos! Por mucho que los hombres inventen y progresen en la velocidad de sus vuelos, creo yo que nunca superarán a nuestro planeta en su velocidad; sin embargo, el corazón amante le supera, volando en alas del amor... Nosotras, tan pequeñitas, tan impotentes, vamos a volar hoy en estas alas, y en menos de un segundo, recorriendo los ciento cincuenta millones de kilómetros que distamos del Sol, allí nos encontramos cantando del Señor las alabanzas..., con nuestro enamorado Padre San Francisco: “Lado seas mi Señor por el hermano Sol, que hace el día, y por él nos alumbras, y él es bello y radiante con gran esplendor: de Ti, ¡oh Altísimo, lleva significación...!”

¡El Sol!, ¿recuerdas lo que del Sol nos decía aquella geografía pequeña y linda que tú y yo leíamos en la escuela? Yo recuerdo perfectamente aquella pregunta y contestación infantil: ¿Qué es el Sol? Un globo de fuego compuesto de sustancias en constante estado de incandescencia, y que siendo el centro de nuestro sistema planetario, presta luz y calor a los demás astros”.

Consideremos, Conchita, la magnitud de ese globo, que a tal distancia de nosotros, así nos ilumina y nos calienta, vivificándonos con su luz y calor. Y sin temor a su vívida llama, pues el fuego del amor es superior al fuego material y éste no es capaz de dañarle, recorramos la inmensa hoguera cantando con David: *Laudate Sol et Luna Domino* (alabad al Señor Sol y Luna) y con los tres jóvenes del horno de Babilonia: *Benedicite Sol et Luna, Domino* (benedicid al Señor Sol y Luna) y repitiendo con nuestro Padre cuyo fuego

seráfico excede al material del Sol “Loado seas mi Señor por el hermano Sol... De Ti, oh Altísimo, lleva significación”...

¡Vamos Conchita a recorrer el Sol, volumen de un millón y cuatrocientas mil veces mayor que el de la tierra..., a nuestra voluntad!, a recorrerle en menos de un segundo, o en más tiempo, ¡durante el tiempo que deseemos!... Me gustaría frenar un poco y pasear despacio, penetrándonos de esa inmensa, infinita y eterna hoguera del fuego santo del amor de Dios que tales hogueras crea por amor a ti, a mí..., a todos y cada uno de los hombres..., y ardiendo en nuestro corazón ese santo y divino fuego impregnar este fuego material del fuego sobrenatural, fundirle y convertir en fuego santo a este fuego del luciente Sol y ofrecerle, unido al fuego divino que en nosotras arde, al Hacedor Supremo en cántico de alabanzas infinitas, ayudando así a glorificar al Señor dignamente, a nuestro esplendente Hermano, que tanto a nosotras y a cada uno de los hombres beneficia y ayuda..., él, que respecto a nosotros tanta semejanza tiene con el Altísimo Dios...

Dios, el Autor de nuestra vida...; el Sol, influyendo tan poderosamente en nuestra vida corporal, que sin Sol, ¿cómo vivir? Allí donde nunca penetrasen ni la luz ni el calor de este Sol hermoso que Dios para nosotros ha creado ¿qué seres humanos podrían encontrarse? ¡Dios, luz de nuestras almas!; el Sol, con sus luminosos y ardientes rayos, nos ayuda a conocer las maravillosas obras del Señor, por las que nos elevamos hasta Él... Dios, providente en la conservación de nuestra vida material y espiritual; el Sol, que con la virtud de sus rayos, fertiliza la tierra, vivifica las plantas, pinta las flores, madura los frutos en tan hermosa variedad y exquisitez como Dios les ha creado... Dios misericordioso con los hombres, pecadores y justos; el Sol, que tan beneficioso aparece cada día para los unos y para los otros... ¿Cómo no agradecer tanto bien y corresponder generosamente supliéndoles en el amor al Señor que él sentir no puede?... ¡Oh, cómo nos lo agradecería nuestro Hermano luciente astro si pudiese agradecer!, pero sin duda, lo agradece nuestro Buen Dios, que acepta como realidad nuestro deseo y en esa vívida llama

recibe el amor inmenso de nuestro pobre corazón que la hace suya para convertirla en amor a Él... Adoremos, amemos a Dios, en el Sol, por el Sol..., hagamos también en el Sol una oración de súplica, pidiendo que, al iluminar con sus rayos este Sol esplendente a la humanidad, inflame las almas en amor divino, y no quede una sola sin conocer, amar y adorar al Omnipotente Creador de este Sol esplendoroso que tan bien cumple la ley de movimiento e influencia en su sistema planetario, ¡tan benéfico!, sobre todo para nosotros...

No partamos del Sol, sin agradecerle sus favores que apenas apreciamos y, en nuestro nombre y en el de tantos desagradecidos, alabemos al Señor por nuestro hermano Sol...

Y..., ¡aprendamos del Sol!: a ser fieles como él en los designios del Señor sobre nosotros, a beneficiar, iluminando y obrando con el fuego del Sol divino que llevamos en nuestra alma, a cuantos nos rodean, haciendo que, por la oración y el sacrificio lleguen los rayos divinos de este Sol, Jesús, a los más recónditos y lejanos países... Aprendamos a llorar el pecado y a llorar la Pasión del Señor como el Sol la lloró a su modo, apagando su luz en aquellos momentos de dolor sublime, cuando el Hijo de Dios, pendiente del madero, entregó su Espíritu al Padre por nuestra Redención.

¡Conchita! Aprovéchate de ésta y, hasta otra si Dios quiere.

Tu hermanita,

Sor Z

El hermano fuego

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Con el seráfico ardor de nuestro Padre, cantemos al Señor por el hermano fuego: “Loado seas mi Señor por el hermano fuego, por el cual, alumbras la noche, y es bello y fecundo, y robusto y fuerte”.

El fuego, el hermano fuego. ¡Qué acogedor, protector y aleccionador es para nosotros el hermano fuego!, imagen de ese otro fuego espiritual nacido del impulso divino, del impulso de amor de Dios Amor en aquel gran día creacional; hecho para representante de su amor, prestando en su nombre a los hombres vida, luz y calor, consuelo y alegría. Imponente y majestuoso aquel ímpetu de movimiento que Dios diera a la nebulosa informe, movimiento que produjo el calor hasta llegar al fuego, fuego inmenso que el divino querer dividió en lumbreras, quedando así los cielos de estrellas tachonados..., es hermano, es auxiliar del hombre en su ruta hacia Dios; su carácter majestuoso y atrayente cual la sonrisa del niño en el amanecer de su existencia... Efecto de tal causa es el calor por el cual vivimos y por el que la tierra se hace fértil, hermosa y placentera. El fuego nos ilumina, dispone el alimento, es la fuerza motriz de nuestra industria. Por él se funde el hierro, se acrisola el oro..., es el purificante del pecado venial en ultratumba, y es el castigo eterno, instrumento justiciero de la ira de Dios para los hombres obstinados que reniegan de Él...

Y, ¡aprendamos Conchita!, pues nuestro corazón ha sido hecho como centro de ese otro Fuego del que Dios es el foco y desea con deseo infinito y eterno hacernos partícipes...

Aquella nebulosa de la mañanita del día de la creación, obediente al impulso divino, extremó el movimiento que produjo el ca-

lor, que produjo la luz... ¡Cuántos impulsos divinos da el divino Enamorado en cada uno de nuestros pobres corazones!

Estoy a la puerta y llamo..., el proceso lo acabamos de ver: Dios impulsa; el alma se conmueve, se ejercita, sin atender a otras razones de pasiones contrarias; ejercicio viril, extremado acaso “con todas nuestras fuerzas”, respondiendo fielmente a la llamada: el fuego del amor tiene que producirse, y este fuego es activo, como su semejante el fuego material. Ya ves que una de las cualidades del fuego es ser activo, avanzando, consumiendo y convirtiéndose en fuego cuanto encuentra a su paso. El fuego del amor divino se manifiesta por sus obras: no hay quien detenga al alma enamorada de verdad: todo lo emprende, todo lo vence, todo lo supera, hasta que el designio divino haya sido cumplido plenamente. El fuego es tan constante que, mientras haya materia combustible, no queda él inactivo ni un momento: por parte de Jesús no ha de quedar, Él siempre nos depara ocasiones propicias y abundantes de mil pruebas de amor; y cuando su actividad supere a las cosas pequeñas de aquí abajo, esta pobre chispita encontrará su centro en el globo infinito e inconmensurable, dándose la unión mística, estado de sublimidades, que sólo a Dios es dado conocer perfectamente. Queda el alma fundida como el hierro, que sin perder sus cualidades, es en el fuego, fuego; y retirada de él, se vuelve como estaba, hierro frío..., lo que nosotros debemos evitar en nuestra alma. Una vez en el fuego y en fuego convertida, que jamás de este fuego salga ya, porque de lo contrario, ya no sería fuego; pronto descendería a ser pecado, tibieza nauseabunda, a la que Dios arroja de su boca...

El hermanito fuego, es **acrisolador** y le aventaja el fuego espiritual. Figúrate un alma llena de pecados, de pecados mortales. Si esa alma recibe la gracia del arrepentimiento y hace un acto de perfecta contrición, con amor intensísimo, con propósito de confesarse, esa alma queda limpia y perdonada; y si el amor es grande, es purísimo e intenso como puede llegar a serlo, esa alma puede quedar también acrisolada; y muriendo en el acto sin poder confesarse,

volar al Cielo... *Le han sido perdonados sus pecados porque ha amado mucho...*

¡Ánimo pues, Conchita! ¡Amor, amor, siempre amor y más amor, que el amor de Dios no dice nunca basta!, ¡y las maravillas del fuego del amor divino, son mayores que las del fuego material! Que siempre en el hermano fuego veamos el amor de nuestro Dios, y Él se complacerá en la chispita de nuestro corazón, hasta atraerle a su hoguera infinita.

Es en donde te quiere tu

Sor Z

La hermana madre Tierra

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

“Loado seas mi Señor por nuestra hermana madre Tierra la cual nos sustenta y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y yerbas”.

Cantemos alabanzas hoy al Señor por nuestra hermana madre Tierra, tan hermana como creada por nuestro mismo Padre y Creador; tan madre porque Dios nos ha creado... ¡de la tierra! ¡Qué dignas, qué grandes, y qué pequeñas, qué humildes seríamos siempre si nos supiésemos hijas de Dios y hermanas e hijas de la tierra, del polvo... ¡Cómo triunfaríamos en nuestras batallas contra la soberbia, con estas palabras tan verdaderas como las Santas Escrituras!: *¿De qué te ensoberbeces polvo y ceniza?..., mujer..., polvo eres, y en polvo te has de convertir...* Si Eva en el Paraíso se hubiese sabido hermana e hija de la tierra ¿se habría atrevido acaso a levantarse contra Dios?... ¡La adulación, Conchita...!, aquella primera inyección de espiritual veneno, ¡qué cara nos cuesta, hermana mía!

Pues sí, somos hijas de nuestra madre Tierra; pero malas hijas de tal madre que tan buena es como salida de las manos divinas, y que mereció la aprobación del Creador. “Buena es la Tierra”... Y ¡qué buena, qué hermosa, qué fértil la tierra para el hombre, para el rey de la creación! Acogedora también para tantos animales que Dios creó en ella, tan diversos, tan domésticos todos, lo mismo en el corderillo que el león de la selva, ¡sujetos a la voz de Adán! Todo en el Paraíso terrenal cumplió perfectamente el fin para el que fue creado, de elevar el alma del hombre al Creador, inflamar en su amor su pecho más y más; con sus recreos, delicias y hermosuras hacer feliz al hombre; felicidad que completaba el amoroso Padre, “paseando”

con sus hijos por el jardín delicioso cada día... ¡Orden maravilloso el del primer tiempo de la Creación! Dios todo lo había hecho para su gloria por el hombre; y el hombre, y todo en la vida creada, desplegaba sus cadencias en un cántico de alabanza al Creador, por Quien y para Quien todos los seres viven...

Pero..., el pestífero Lucifer nos contagió con su soberbia y dejamos de ser buenos hijos de Dios por la desobediencia y buenos hijos de la tierra que con tanta fidelidad cumplía el mandato divino siendo para el hombre tan fértil, tan hermosa y deliciosa. Soberbia que nos atrajo el castigo de nuestra humillación hasta el polvo, por la sentencia divina: *en polvo te convertirás*. Y después de haber perdido la justicia original y sus dones inherentes, aún no aprendemos las enseñanzas de nuestra madre Tierra que nos niegan el pan sin el sudor del rostro en castigo a nuestra culpa, y ha puesto a nuestros senderos abrojos y espinas... aún queremos pegarnos a ella para vivir en su lodo sin acordarnos de Dios..., de un Dios tan bueno, que ha querido venir Él mismo a la tierra, encarnarse y hacerse Hombre para redimirnos y salvarnos, enseñándonos el camino del Cielo, que no es otro que el recorrido por Él con tanto amor para nuestro aliento “la senda del Calvario, hasta expirar en la Cruz...”

Pues somos hijos de la tierra y polvo hemos de ser, vivamos lo que somos ¡vivamos la humildad!, vivamos siempre hundidos en el polvo dejándonos pisar devolviendo a la planta que nos pisa, cual nuestra madre Tierra sabe dar, aromas de tomillo y un fruto singular: un fruto, que al hermano “o a la hermana” la pueda recrear, hasta elevar su alma a las alturas, y al Corazón de Cristo cautivar...

Que, al fin, la tierra es santa, regada con la Sangre del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo... Procuremos ser dignas de la tierra que pisamos, hasta que ella nos acoja en su seno para ocultarnos a los ojos de todos mientras nuestra alma descansa en el seno de Dios, hasta la Resurrección de la carne, día en que, como esperamos, saldremos por la infinita misericordia, de nuestra madre Tierra, resplandecientes de gloria, para escuchar el “Venid” de nuestro Esposo divino...

Ya me hubiese gustado darte una lección provechosa de botánica y zoología, pero supla mi ineptitud tu atención. Fíjate especialmente en el corderillo, para aprender su mansedumbre; en la paloma, para imitar su sencillez; en el ruiseñor, para cantar tus trinos al Amado..., ¿recuerdas aquellas canciones que improvisábamos escuchando y contemplando a los ruiseñores en la copa de los altos chopos?...

“Préstame tu trino,
y al Amor divino yo le cantaré...
¡Yo quiero el trino del ruiseñor
que en todo tiempo cante al Amor!
En la bonanza y en la brabura
suenen mis trinos en la espesura
suenen mis trinos de ruiseñor
¡¡que en todo tiempo canten, Amor!!”

Pero... ¿te has fijado en un detalle?... el ruiseñor no se oye cuando el tiempo no está en calma..., conservemos pues el alma en toda paz, para que así, pueda cantar al Amor ¡¡en todo tiempo!!!

Y escucha también el lenguaje de las flores y yerbas, sé muy amiga de las yerbecillas y flores, como de los árboles y plantas y ellos... te enseñarán tantas cosas..., te enseñarán a vivir para Dios y para todos, aromatizando el mundo silenciosamente, y a morir en delicada y obsequiosa inmolación de amor ante el Sagrario...

Es como te quiere tu hermana, “flor de la Eucaristía, como lo fue nuestra Seráfica Madre”.

Te abraza tu

Sor Z

La hermana muerte

Mi querida Conchita: ¡Paz y Bien!

“Loado seas mi Señor, por nuestra hermana la muerte corporal, de la cual, ningún hombre viviente puede escapar. ¡Ay de aquellos que mueran en pecado mortal!

Bienaventurados aquellos que acierten a cumplir tu santísima voluntad pues la muerte segunda no les hará mal”.

Mi Conchita querida. Hoy alabaremos al Señor por nuestra más dulce y buena hermana, que así hemos de estimar la muerte, sintiendo de ella evangélica y franciscanamente.

Un alma que es verdaderamente cristiana canta de corazón y de hecho su canción más armoniosa al Amado. Canta con el apóstol San Pablo: *Todos los días muero, ¿por quién?... Y ¿hay para el amante algo más deleitable que morir por el amado? Pregúntaselo, Conchita, al que va a ser tu Esposo divino, Él te contestará haciéndote recordar las palabras de fuego de un Dios Hombre, de un Hombre Dios: Con bautismo de sangre he de ser bautizado. ¡Oh traigo en prensa el corazón mientras que no lo veo cumplido!* Este era el sueño dorado de nuestro Jesús: morir..., por ti..., por mí..., tan miserables..., por todos y cada uno de nosotros, pobres pecadores, ingratos..., ¿cuál debería ser nuestro sueño dorado, nuestra mayor ilusión, sino morir por el que así nos ama hasta el fin?..., ¿morir por nuestro Jesús, el Santo de los santos, un Dios amor que así se nos entrega?... ¡Conchita! Vida se paga con vida, amor con amor..., y nosotros ¡nunca!, ni con nuestra vida podremos pagar la vida del Hijo de Dios, ni con nuestro amor tan débil corresponder al amor inmenso del Corazón de Cristo, Mar sin riberas... Pero sí podemos, con todo nuestro corazón, con toda

nuestra alma, con todas nuestras fuerzas, amar a Dios; y el mejor modo de manifestar el amor, es el que nos enseña de palabra y obra la misma Verdad: *No hay amor tan grande, como aquel del que da la vida por sus amigos...*

Somos, como cristianos, discípulos de Jesucristo: pues aprendamos y practiquemos las lecciones de nuestro Maestro, y, ¡a morir!, a morir cada día, cantando nuestros trinos de rui señor. ¡A morir, a morir por nuestro amor!, loando al Señor por nuestra hermana la muerte, nuestra amable compañera de cada día, pues cada día vamos muriendo, hasta el último en que, por el final de nuestra muerte que nos abre paso a la vida, ha de ser el de nuestra mayor solemnidad, si sabemos morir también a nosotras mismas, como nos enseña el Apóstol. ¡Cuántas ocasiones de morir a nuestros pensamientos inútiles, a nuestras vanas palabras, al amor propio, al propio juicio, a tantos impulsos personales, tan diferentes como distantes de los impulsos del Espíritu Santo! Pues seamos seráficamente heroínas y simpaticemos con nuestra tan amable y sonriente hermana, que siempre viene a nosotros brindándonos las mayores recompensas. En cada golpe de esta muerte, nos trae la vida de Cristo, las Virtudes de Jesús, Flor del campo y Lirio de los valles..., ¿queremos más? ¡qué ataviada queda el alma que muere cada día por Jesús! ¡Jardín florido de las delicias del Amado, con aromas de Cielo! Él se recrea entre sus azucenas de pureza, sus encendidas rosas de caridad, sus violetas de humildad y tanta variedad de flores preciosas y sazonados frutos... Tanta hermosura, ¿a qué se debe sino a ese morir alegre y silencioso del alma que grita de verdad y de hecho: *Vivo yo, mas no soy yo quien vive, es Cristo Quien vive en mí* porque yo muero por Él cada día?

¡Mira qué generoso es Jesús!, que nos da su vida divina por ese morir continuo a todo lo nuestro..., y con su Vida, su Amor..., y con su Amor, nuestra felicidad, temporal y eterna..., porque cuando el alma dice de verdad: *yo soy toda de mi Amado y mi Amado es todo mío* o repite enajenada con nuestro Seráfico Padre «Dios mío y todas mis cosas» ¿qué mayor goce podrá gustar?...

Así es como debemos caminar, con nuestra hermana muerte de la mano, escalando la montaña santa del amor que es la del Calvario; y nuestra muerte de cada día nos habrá santificado de manera que los frutos nos aguarden en la gloria donde habitan, cuando al llegar el momento cumbre de los designios divinos, entregando feliz y dulcemente nuestro espíritu en manos del Señor, se celebren nuestros eternos desposorios con aquel por cuyo amor supimos dar la vida.

Saludaremos entonces por última vez a nuestra hermana muerte, agradeciendo su último sagrado golpe, que tanta felicidad nos depara.

Así es como debemos esperar este momento: muriendo cada día, muriendo por amor en el dulce regazo de María, y fieles hijas de Francisco y Clara, en sus brazos volar, cantando nuestras laudes al Señor, a la Mansión divina... Y al mirar a la tierra desde el Cielo, repetir a los hermanos la última estrofa del canto de Francisco: «Load y bendecid a nuestro Señor, dadle gracias y servidle con gran humildad».

Que nuestro sentimiento de gratitud a la misericordia divina sea eterno, y puedan darle gracias por nosotros los cielos y la tierra.

Yo quiero que así vivas, como auténtica y buena franciscana; así mueras, y así ames tú la muerte, como tan dulce, amable y buena hermana.

¡Adiós Conchita! Que nuestro Seráfico Padre se recree en estas sus más pequeñas y pobres hijas que aspiran ser las notas más dulces y vibrantes de su cántico al Hermano Sol.

Tu

Sor Z

Anonadamiento y amor

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

¿Cómo no complacerte en tu humilde petición de ayuda para tus propósitos espirituales? Lo haré con mucho gusto y gran deseo de tu bien y de tu dicha, que estarán en relación de tus progresos hacia la santidad.

Yo creo que el compendio de la ciencia de esta gran carrera está en dos palabras: **anonadamiento y amor**; y que este secreto lo comprende pronto una Clarisa y como tal, un alma eucarística. ¿Qué ves cuando miras la Sagrada Hostia? ¡Un Dios anonadado, un Dios amor! Jesús Sacramentado, para hacerse Hombre, *se anonadó*. Para hacerse Hostia, se anonada..., hasta en la partícula más pequeña..., ¡y a este extremo le lleva el amor!..., y así vive con nosotros, por amor, anonadado..., así se nos entrega en la Eucaristía para ofrecerse en sacrificio al Padre, para ser nuestro Pan de Vida, nuestra luz, nuestro guía, nuestro consuelo, nuestro todo..., así nos enseña a vivir en el «destierro», y en la práctica de esta sublime y conmovedora enseñanza está el secreto de nuestra dicha: podemos gozar un Cielo en la tierra viviendo de anonadamiento y amor, con el que es el Amor por esencia, anonadado hasta lo sumo donde todo un Dios puede anonadarse...

Y Jesús Sacramentado nos habla con elocuente silencio de las humillaciones de su vida, *obediente hasta la muerte de Cruz*... ¡Conchita!, ante la Santa Custodia, ¡qué bien se comprende el Evangelio! No es la finalidad de esta carta explicártelo como lo contemplamos y saboreamos en Jesús Hostia, pero sí comentaremos las dos, algo sobre los tesoros que brindan a la Religiosa Clarisa, estas dos palabras: **anonadamiento, amor**.

Se concibe que, un alma que se anonada, es humilde; y *Dios, da su gracia a los humildes*. ¿Hay tesoro mayor que la gracia des-

pués del Dador de la misma?... ¿que más nos una al dador?... Qué raudales de gracia tiene el Señor reservados para las almas humildes. Adornada un alma con la gracia aun en su menor grado, tanto nos deslumbraría si pudiésemos contemplarla, que no resistiría nuestra vista, ya que supera en hermosura a los hermosos soles del firmamento; y cada acto de verdadera humildad acrecienta en el alma este don divino con el que el amor crece grado sobre grado y aumenta y más aumenta la gracia, creciendo así constantemente el grado del amor, y por él, la unión del alma con Dios... ¡Oh! Si comprendiésemos esto nos humillaríamos con aquella ansia y alegría con que se humillaban los santos y, ¡querida hermanita mía!, todos los conflictos de nuestra vida religiosa estarían salvados, y todos nuestros problemas quedarían resueltos..., ¡la humildad y el amor, lo resuelven todo!, lo pueden todo, porque el **todo**, consiste en el **querer de Dios**, en el que va incluido el bien del prójimo; y un alma humilde y seráfica, es lo único que busca y por lo que siempre se sacrifica y entrega sin medida y como Jesús, *hasta la muerte de Cruz*, hasta la inmolación de hostia pura... Obsérvate mi querida Conchita, y verás que la causa de tus sinsabores y penillas y turbaciones está siempre en la escasez de humildad y generosidad... y si en estas cosas ciegamente pones en práctica este propósito: anonadamiento y amor, todo, todo lo verás arreglado en un momento, ¡y qué feliz serás!

Comienza pues así tu vida religiosa, a base de **¡anonadamiento y amor!**, dos palabras que encierran un cúmulo de virtudes, porque no hay virtud que no abracen con cariño e ilusión: la ilusión de complacer al Amado Cristo Total, o sea, en Sí, y en sus miembros, en todo su Cuerpo místico, de alegrarse con sus dichas, de penar con sus dolores, de buscar en todo y siempre, su gloria y ahí, gustarás tu Cielo.

Nada más ¡hermanita mía! ¡Que el Señor te ilumine! Hasta otra si Dios quiere, tu

Sor Z

Tu Vestición de Hábito

Mi Conchita querida: ¡Paz y Bien!

Ya se acerca la hora tan suspirada... ¡tu Vestición de Hábito!, ¡demos gracias a Dios eternamente!...

¡Hermanita querida!, un último retoque de preparación, pues aunque todo sería poco, el tiempo urge... Y este último retoque sea en unión de nuestra Seráfica Madre Santa Clara. A solas, en intimidad con ella, ruégale que te cuente sus sentires de aquella hora en que ella lo recibió de manos de nuestro Seráfico Padre San Francisco, para ir tú a recibirle con la misma disposición, con el mismo deseo ardiente, con la misma finalidad. Disposición de nuestra Madre Santa Clara que los mismos serafines envidiarían... El fuego de amor divino al «Amor que no es amado» había prendido en su corazón por la palabra y el ejemplo del Serafín de Asís, y en aquella hermosa noche que la luna presidía con mayestática serenidad e inmenso júbilo, podríamos contemplar en la Porciúncula todo el Cielo embelesado asistiendo al acontecimiento tan grandioso a los ojos de Dios, cuanto oculto, ignorado y hasta despreciable para los hombres...

Allí los dos Serafines, con inmensos y ardentísimos anhelos de ofrecer al Amor su alma, el mundo e infinitos mundos ardiendo en sus puros amores..., de entregarse por entero al Dios del Pesebre y del Calvario..., de hacerse una hostia con la Hostia divina..., para dar gloria al Padre, para salvar a todos los hermanos... Clara va a dar el adiós al mundo para salvarle; va a despojarse de todo y de sí misma para llenarse de Dios, amarle y reparar tanto desamor humano... Y Francisco le entrega el Hábito de penitencia, que ella recibe como la joya más preciosa que en la tierra y los cielos encontrara..., su perla suspirada, por la que vende todo cuanto tiene; su tesoro que

tanto la enriquece, y al que tanto enaltece y honra ella con la santidad de su vida...

Fijemos nuestra atención en la ceremonia: La Santa Madre Iglesia, por uno de sus sagrados Ministros, te interroga: “Hija carísima, ¿qué pides?”... ¡Cómo debe conmoverse tu corazón!, es pregunta de la Esposa de Cristo y Madre nuestra, que te ama con inefable ternura y tiene puesta su esperanza en ti.

Responde con humilde reconocimiento y encendido deseo de llenar sus aspiraciones, pidiendo el santo Hábito para hacer penitencia, enmendar tu vida y servir a Dios con fidelidad hasta la muerte. En aquellos solemnes momentos **sábeta** hija de la Iglesia Católica, y extiende tus vivas ansias a todo el vasto campo de la Creación. Tu deseo y tu trabajo ha de ser universal y ha de ser tu vida de penitencia, de penitencia sí, por todas y cada una de las almas, para que todas formen parte del redil de Jesucristo, y todas *tengan vida en abundancia*... A esto debe encauzarse tu ascesis en la perfección, en la santificación de tu alma, la fidelidad con que siempre cumplas los amorosos designios del Señor: desde el momento en que vestirás el Hábito franciscano, éste ha de ser tu vastísimo anhelo. El eco de tu voz va a resonar por todos los ámbitos de la tierra y del Cielo y hasta el último aliento de tu vida tendrá la santa Iglesia derecho a él. Penéstrate de tu dignidad y tu deber y pide humildemente al Señor te ayude a cumplirlo. Para esto, mantén encendidas cual la vela que el sacerdote te entregará, la fe y la caridad. Sé generosa en desprenderte de todo lo tuyo como te desprenderás del cabello en la tonsura. Cumple cuanto la Santa Regla que vas a recibir te diga y, abrazada al Crucifijo, sea tu vida un himno de alabanza al Señor, cantando siempre: *Lejos de mí el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo*...

Te dejo en la consideración del Ritual que debes seguir estudiando y saboreando hasta el momento de la ceremonia, para que el Espíritu Santo, la Santísima Virgen y nuestros Seráficos Padres te preparen..., y te pongo estos versitos, para que ya franciscana de verdad, los vivas cada día.

Oh Jesús, ¡Vida mía!, desde ahora
todo se ha terminado para mí.
Sólo en Ti pensaré desde la aurora,
y toda mi afición, la pongo en Ti.

Para mí, ¡ya no hay mundo! Mis amores,
todos en un amor: ¡mi Dios, Jesús!
de mi vida serán las ilusiones
siempre en María y con María,
sólo Eucaristía, Cielo, Cruz,
y almas que conquistarte, ¡mi Jesús!

Quiero vivir
humillada en mi Dios.
¡Quiero morir
abrasada en su amor!

¡Quiero sufrir,
de su cáliz gustar!
Quiero sentir
y poder perdonar.

Quiero tener
la pobreza mayor.
Quiero el placer
de abrazar el dolor.

Quiero llorar
a los pies de Jesús.
Quiero expirar
enclavada en su Cruz.

Tu,

Sor Z

Un momento de filosofía

Ayer recibí y leí «Clausura». ¡Cuánto me ha impresionado el punto de la Exposición! ¿Pero es posible, Padre, que aún haya algún Franciscano o cristiano que piense así, que en estos tiempos en que con tanta solemnidad celebramos a Cristo Rey queramos seguir teniéndole encerrado en el «cajoncito»? ¿Es posible que la persona más querida de la casa nos estorbe y, para no estarnos con ella prefiramos tenerla encerrada y sólo cuando necesitamos o se nos antoja, vayamos a comunicarnos con Él sin abrir su prisión? Siendo Jesús tal persona, y que se complace en llamarse Dios con nosotros... Cómo me suenan aquellas sus palabras: *Tanto tiempo con vosotros y aún no me habéis conocido...* ¡Oh si conociésemos, si conociésemos un poquito el amor de Jesús!; en todas las iglesias estaría expuesto, y ¡todas se llenarían de almas...! ¡y entonces sí el mundo se arreglaría!, ¡¡entonces sí que se daría el mundo mejor!!

Pero, si sería tan hermoso vivir aquellas palabras de San Pablo: *Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios*, por la adoración perpetua y permanente..., cada uno en nuestra persona representante de la Creación entera, debiéramos con toda ella dar a Jesús en cuanto cabe, la pleitesía, honor y gloria que le es debido. ¡Cómo nos agradecería la escondida florecilla del bosque, cómo el pajarito que hace su nido en la espesura o el león de la selva! La oculta gotita del océano o el rayo del sol que nos vivifica, esos cielos que cantan la gloria de Dios, el cumplimiento generoso de nuestro deber, y sobre todo se complacería Jesucristo, quien tomando ese poquito «todo nuestro» y a nosotros, nos elevaría con Él hasta el Padre... ¿No es verdad que esta armonía sería el mejor arreglo del mundo? ¡Qué sería el mundo así, no dejándose Jesús ganar en generosidad! Es mi súplica incesante y aunque tales personas se extraña-

sen de mi grito, seguiré gritando y quisiera que cielos y tierra me acompañasen, el estribillo aquel que le canté en la reja a Vuestra Paternidad... Que triunfe la Eucaristía; y esté Jesucristo expuesto aquí y en todas las partes, hasta el último momento de los tiempos, hasta que no haya más día...

Y, queda aparte el motivo de la reparación... Con lo que Jesús Sacramentado ha sido y es ofendido...

Que la Santísima Virgen, la primera y más eucarística de las almas, y después nuestros Seráficos Padres nos hagan semejantes a ellos y nos alcancen esta gracia de la Exposición universal, con la que la tierra se convertiría en Cielo. Teniéndolo tan en nuestra mano... Con lo que nos facilitaría nuestra Madre Iglesia que tanto desea el reinado Eucarístico, y con lo que Jesús nos ayudaría. Gritaremos con el ciego... *Señor, que vea...*, que veamos.

Algunos medios eficaces para conseguir vocaciones religiosas

El primero y principal medio para conseguir vocaciones, que todas conocemos porque lo encontramos en el Santo Evangelio, es la oración: *Rogad al dueño de la mies envíe operarios a su mies*, nos dice Jesucristo. Operarios son, no solamente los sacerdotes, sino todas aquellas almas llamadas por Dios de modo especial para cooperar con ellos a la extensión universal del Reino de Cristo, cuales somos nosotras, consagradas enteramente por nuestra profesión al servicio de Cristo y su Iglesia. Es pues voluntad de Dios que pidamos vocaciones, tanto sacerdotales como de cooperadores, vocaciones religiosas; y con mayor motivo hemos de pedir vocaciones para nuestras Órdenes: *Pedid y recibiréis*, nos dice Jesucristo. Sin contentarnos con cierta multiplicidad de rezos, nuestra vida ha de ser oración, sin desfallecimientos ni intermisiones, según el Evangelio: *Orad sin intermisión*.

Conocemos todas también las normas que Dios nos da para que nuestra oración sea eficaz: *Cuando hubieses de orar, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora en secreto al Padre*. Recogimiento ha de ser nuestra vida para que nuestra mirada esté fija en Dios, *como los ojos de la esclava lo están siempre en su Señor*. Todo trabajo, ocupación y constancia ha de ayudarnos a elevar nuestra mente, para que nuestra alma sea siempre *Casa de oración* donde glorifiquemos a Dios en bien de nuestros hermanos. En el retiro del Claustro es donde nuestro Padre San Francisco quiso que Clara y sus hijas realizásemos nuestra labor de misioneras ocultas, atentas siempre al Señor. Con esta atención y recogimiento hemos de manifestar nuestro interés por las vocaciones.

Nuestra vida ha de ser **humildad**, porque *la oración del humilde es la que traspasa las nubes*. *Humíllate en todas las cosas y*

hallarás gracia ante Dios, dice el Espíritu Santo. No desprecia el corazón contrito y humillado. Por la humildad de María se obró la Encarnación del Verbo *porque miró la pequeñez de su esclava*. Y Jesucristo al comenzar su obra de Redención y de conquista, no pudo humillarse más, *se anonadó y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz*. Así nuestro Padre San Francisco, que también entre humillaciones comenzó su carrera, no pudo humillarse más, y hasta en el nombre que dio a su Orden se manifestó el más humilde. Así fue también nuestra Madre Santa Clara, y así de rápida y firme la extensión de nuestras Órdenes. Trabajando con entusiasmo y afán porque nuestras Comunidades sean humildad, nuestra oración a favor de las vocaciones será eficazísima.

Porque soy pobre y mendigo, el Señor está solícito en mi ayuda. ¡Amemos la santa Pobreza! Desposado con ella Jesucristo ya desde el Pesebre, obró la Redención, y Francisco y Clara, desposados con ella, obraron la restauración de la Iglesia. Nosotras hemos recibido en herencia las palabras del Crucifijo de San Damián a nuestro Padre, y por el mismo camino hemos de cumplir el encargo divino y alcanzar almas que sigan siendo el sostén de la Iglesia de Cristo.

La oración, para que sea eficaz, ha de ir acompañada de sacrificio: *Tomad vuestras hostias y entrad en el Tabernáculo del Señor*, cantamos en un salmo. Nuestra vida, que es inmolación entera por la fiel observancia de nuestra Regla, Constituciones y demás deberes de nuestro estado, nos proporciona una ofrenda permanente que el Señor espera siempre. Ofrecer Jesús al Padre unidas a la Misa continuada y ofrecernos con Jesús al Padre por María ¿qué nos negará el Señor después?

Pero Él nos ha dicho: *Cuando presentes tu ofrenda al Señor, recuerda si tu hermano tiene alguna queja contra ti; en este caso, deja tu ofrenda delante del Altar y ve primero a reconciliarte con él y, después, vuelve a presentar tu ofrenda*. Para que nuestro sacrificio y nuestra oración sean aceptables no hemos de admitir ni la más leve sombra contra la caridad. Hemos de amar de corazón y de obra a todos nuestro hermanos como Cristo nos amó y nos ama, y, a medida que sea este amor, será también la eficacia de nuestras oraciones.

El Señor está deseando darnos lo que nos invita a pedir; depende pues de nuestra disposición. Y como nos ha dicho Él mismo: *Sin Mí, nada podéis*. Necesitamos de Él para disponernos y conseguir lo que pedimos; necesitamos que nuestra vida espiritual se intensifique más y más.

Uno de los medios que más influye para esta intensificación, y que por sí mismo atrae más vocaciones, es la Exposición de Jesús Sacramentado y su Adoración Perpetua. Podrían hablar las Comunidades donde se ha implantado la Exposición, tan encarecidamente recomendada por nuestras Constituciones. En Soria, donde hace 21 años, alentadas por nuestro muy Reverendo Padre Asistente, nuestro propulsor providencial, implantamos la Exposición, han ingresado y perseverado treinta religiosas. En Durango, Bidaurreta, Tolosa, Alfaro, han aumentado considerablemente. En Ciudadela (Menorca), que en el año 1.953 implantaron la Exposición de Jesús Sacramentado con el número de nueve, de tal modo se nutrió la Comunidad que han podido fundar en Portugal donde ya cuentan con cuarenta aproximadamente; han venido en refuerzo del convento de Salt, en Cataluña, doce, y tratan de establecer un aspirantado esperanzador. Las Religiosas Esclavas del Santísimo Sacramento y María Inmaculada, de unos veinte años de existencia, han fundado ya varias casas que, con número de doce Religiosas cada una, tienen Exposición Permanente diurna y nocturna, y además un aspirantado floreciente. Éstas, como las de Ciudadela y Portugal, hacen la adoración ante el altar, separadas por rejas de la otra parte de la iglesia y, desde luego, aún tiene esto más atracción para las vocaciones. Además tienen así resueltos los problemas de Reserva y cuidado de la Iglesia y del alumbrado. De los medios económicos para el alumbrado se encarga el mismo Jesús, como podríamos explicar las de Soria. Bien sabe nuestro muy Reverendo Padre Asistente, sin dinero, sin cera, porque en el 1942 aún no funcionaban las fábricas por la guerra recientemente pasada, nunca nos faltó nada. Ya en el año 1953 habíamos ahorrado de las limosnas para el culto treinta mil pesetas que empleamos entonces

en hermosear la iglesia; desde aquella fecha ya nada guardamos, convencidas de que Jesús tampoco quiere fondos; lo empleamos en el día dando todo el esplendor al culto. Y si tuviésemos que trabajar en alguna ocasión para sostener este alumbrado lo haríamos con cariño, que bien se lo merece el Señor.

Vayamos, pues, al Amor que aún no es amado. Amemos y reparemos por toda la humanidad. No paremos hasta que todas las creaciones se conviertan en fuego de amor eucarístico, hasta que Jesús Sacramentado presida como Rey de Amor en todos los pueblos, reine de hecho en todas las almas, y entonces sí que se darán vocaciones para las jerarquías de la Iglesia.

Otros de los medios eficaces para atraer vocaciones es la manifestación de nuestro entusiasmo en el culto divino, por el esmero en el rezo y el canto; por nuestro porte fraternal con las personas que tratamos, ya personalmente, ya por correspondencia. El manifestarse la Comunidad toda unida de corazón, llena de paz por la obediencia, espiritualmente alegre, atenta, acogedora, delicada en el locutorio y con los que tienen que entrar en el Convento como hermanas de todos, haciendo siempre a las almas algún beneficio maternal; esto suele elevarles mucho a Dios y atrae, desde luego. Nuestra misma pobreza, privaciones y dolores, cuando no hayan de permanecer ocultos, debemos manifestarlos con alegría seráfica, como hijas de tal Madre, que sinceramente decía de sí y de sus hijas, según leemos en su Testamento: “Aunque flacas según el cuerpo, ninguna necesidad, ni trabajo, ni tribulación, ni afrenta, ni menosprecio del siglo rehusábamos, sino que más bien los reputábamos como grandes delicias”. ¡Cuánto edificará a los seglares este apostolado!

La propaganda de estampas, libros, fotos, como nuestro Padre Asistente decía muy bien, sería muy buena semilla. Al enviar a los sacerdotes los paquetes de Formas, bien podemos incluir esta propaganda; y bien sería se animase a escribir, sobre todo las jóvenes capacitadas y algunos Padres, ya que lo harían con estilo moderno, al estilo de “La Mujer Luz”, que tanta aceptación tiene.

Facilitar el ingreso a las aspirante, es muy necesario. Evangélico y consolador resulta poder decir a una pretendiente como Jesús al joven del Evangelio: *Ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y ven* y sigue a Jesús. No obstante, en los Conventos donde su Santa Regla no les permite admitir sin dote, pueden encaminarlas a otros Conventos de nuestra Orden que no lo necesiten; que nunca se pierda una vocación por esta dificultad.

Es de suma necesidad pedir al Señor el creciente interés de nuestros Padres por nuestras vocaciones en la dirección de las jóvenes. Este es uno de los medios más eficaces para conseguirlas. Ellos, respetando el designio divino sobre las almas, si de veras se interesan en orientarlas y animarlas, pueden facilmente poblar los Conventos.

Podría comprobarse esto por algunas Comunidades. En la asamblea de Rectores de Seminarios que se ha celebrado en Soria, se trató de establecer Comisiones de sacerdotes que se interesen especialmente por las vocaciones sacerdotales. Esto podría ser de excelentes resultados en nuestra Orden. Y también, suplicar a las Juntas de la Tercera Orden y Juventud Antoniana este interés. Nuestros colegios también se prestan al cultivo de vocaciones.

Y como la canonización de un santo produce reacción universal, deberíamos empeñarnos en facilitar la canonización de nuestra Venerable Sor M^a Celina de la Presentación; orientarnos qué deberíamos hacer a este fin y llevarlo a la práctica. La santa de las flores y de los perfumes embalsamaría más y más tierra y correrían muchas jóvenes en pos de estos perfumes hacia Jesús y hacia nuestra Orden.

Y termino estos pobres conceptos recordando las palabras del salmo que cantamos en el Oficio Divino: *Pon tu deleite en el Señor y Él te otorgará los deseos de tu corazón.*

Apéndice

De la Revista “Clausura Franciscana”. PP.FF. Bilbao

Febrero 1973

DESCANSE EN PAZ

En el Monasterio de Santa Clara de Soria entregó al Señor su alma angelical el día 22 de enero la **Reverenda Madre CLARA SÁNCHEZ GARCÍA** a los 71 años de edad y 50 de vida religiosa.

La norma de consignar desde el principio de la publicación de “Clausura Franciscana” ha sido anotar simplemente la muerte de las Religiosas. Pero el Director de nuestra revista se cree en el deber de hacer una excepción. Y ello, porque la Madre Clara fue su única colaboradora a lo largo de varios años, cuando ninguna otra monja de las dos Federaciones pensaba más que en leer lo que el Padre Director podía decirles.

La Madre Clara se dio cuenta de la tarea no fácil, de componer una revistilla, por modesta que fuera, mensualmente, por una sola persona, y vino en mi ayuda. Llenó muchas páginas de “Clausura Franciscana” de mucha enjundia religiosa.

La Madre Clara era suave y tenaz en sus determinaciones. En sus anhelos de acercarse más a Jesús y a los Seráficos Padres, venció todas las dificultades para conseguir la gracia de la Exposición diurna y nocturna de Su Divina Majestad, y el paso de la Segunda Regla a la Primera.

En mi primera visita a su Monasterio, su Comunidad era de 14 o 15 religiosas; a su muerte, es de 53. ¿A qué se debe este florecimiento de vocaciones? Ella lo atribuía al Señor expuesto día y noche. Yo añadiría su don de atracción y de rodearse de incondicionales colaboradoras que la han ido reemplazando en el gobierno de la Comunidad.

Por su humildad, fidelidad al carisma vocacional, ilimitada confianza en la Divina Providencia y otras muchas virtudes, encontró seguramente las puertas abiertas para el abrazo con el Divino Esposo. Su vacío en la Comunidad se sentirá por mucho tiempo, aunque con el alivio de contar con una intercesora en el Cielo.

(Artículo que publicó el Director de la Revista con motivo de su fallecimiento).

Índice

Introducción	1
Religiosa Clarisa Franciscana	3
Me he entregado a Dios	5
Bolita de blanca cera	8
La sincera y humilde sencillez	11
¿Quién es el que mora en esta casa?	14
Los sagrados muros del convento	16
En tu celda	19
Tu «estrella» María	22
Confesamos nuestros pecados	25
Soledad querida	28
Contrición siempre	30
«Te perdono»	33
La túnica de tu alma	36
Purísima intención y firme voluntad	39
Hábito y cordón	42
Esos nudos de tu cordón	45
«Otro te ceñirá»	47
Todo ha de ser blanco en tí	49
Por la soledad a la oración	51
La amistad de Dios	53
Pensamientos a la soledad	55
Pensamientos a la soledad	57
Desposorios del alma con la soledad	59
En la soledad de San Francisco	61
La soledad interior	63

¿Quién es Dios?	66
Creación de un Dios Amor	68
Vivimos en el planeta Tierra	70
La Luna habla	73
Como las estrellas	76
Nuestro hermano el aire	79
Nuestra hermana agua	81
Las enseñanzas del mar	83
Ofreciéndolo todo con amor	85
Aprendamos del Sol.....	87
El hermano fuego.....	90
La hermana madre Tierra	93
La hermana muerte	96
Anonadamiento y amor	99
Tu Vestición de Hábito	101
Un momento de filosofía	104
Algunos medios eficaces para conseguir vocaciones religiosas	106
Apéndice	111